EL PODER INVISIBLE

KEITH LUGER



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

eb

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

60 — La noche de los terrores — *Curtis Garland*
61 — El hombre de 1.500 años — *Glenn Parrish*
62 — Dimensión 354-X — *Joe Mogar*
63 — Ío, satélite de castigo — *Ralph Barby*
64 — El largo día de los robots — *Glenn Parrish*

KEITH LUGER

EL PODER INVISIBL

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 065
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal B. 35.732 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

CAPÍTULO PRIMERO

—Te tengo que decir algo importante, Judy.

—¿De qué se trata, Albert?

—Me he enamorado de ti.

—Oh, no, Albert.

—Quiero que te cases conmigo.

Albert Foster había acompañado a Judy Walker hasta su casa. Los dos trabajaban juntos desde hacía un año en el proyecto Galaxia-14, a cargo del doctor Robert Müller.

Judy tenía veinticinco años y era bonita, de cuerpo sugestivo.

Albert ya había cumplido los treinta y cinco. Le llamaban el Larguirucho porque era delgado para su talla. Estaba considerado como una eminencia en radiaciones cósmicas.

—Judy, tú sabes que nunca me he casado.

—Yo tampoco.

—Prometo hacerte feliz.

—Vas un poco de prisa, Albert.

—¿A qué te refieres? ¿Es que hay otro hombre?

—No, no lo hay.

—¿Entonces?

—Yo te aprecio mucho, Albert… Y estoy segura de que serás un marido estupendo,

—Si no tienes ninguna duda respecto a eso, cásate conmigo.

—El matrimonio me aterra, Albert. Siempre he sido una mujer independiente. Y ahora las cosas cambiarían.

—También cambiarían para mí, Judy. Pero estoy seguro de que será para mejor.

—Déjame que lo piense.

—¿Cuánto tiempo necesitas para pensarlo? —le sonrió Albert.

—Una semana.

—¿Quieres que pase siete días en el infierno?

—Albert, continuaremos viéndonos.

—Está bien. Te invito a cenar mañana. Te invitaré a cenar todas las noches. Hasta el séptimo día.

Judy se echó a reír.

—Eso sería jugar con ventaja. No me dejarías pensarlo. Una, decisión así, debo tomarla con la más absoluta objetividad. Es preferible que no salgamos juntos durante estos siete días. Así sabré perfectamente si te necesito.

—Lo pones muy duro.

—Es la base del matrimonio. La necesidad de un hombre de tener a su lado a la mujer que ha elegido. Y viceversa. Yo también tengo que llegar a la conclusión de que te necesito, Albert.

—De acuerdo, de acuerdo.

—No te pongas de mal humor, Albert.

—Lo que me has dicho no es para que me ponga a dar palmas o arrojar globos al aire,

—Sólo te he dicho que debemos recapacitar.

—En lo que a mí se refiere está pensado y decidido, Judy. Pero no quiero insistir. Esperaré siete días.

—Dame un beso, Albert.

El la besó en la boca y Judy le acarició la mejilla.

—Buenas noches, Albert.

—Voy a soñar contigo.

—Yo no puedo asegurártelo. Pero quizá lo haga.

Albert se alejó del porche y fue hacia su ***bungalow.***

Se desvistió, se puso el pijama, y lavóse los dientes.

Iba a dejar el cepillo en su sitio cuando oyó una voz:

—Hola, Albert.

Se volvió bruscamente, pero no vio a nadie.

Pensó que la persona que le hablaba estaba en el dormitorio. Fue hacia él, pero tampoco vio a nadie.

Se dirigió a la puerta que comunicaba con el ***living,*** que estaba entreabierta.

—¿Hay alguien ahí?

—Sí, Albert. Hay alguien.

La voz había llegado del interior del dormitorio, pero, al volverse, continuó sin descubrir a persona alguna.

De pronto creyó comprender y rio.

Le estaban hablando desde un micrófono. Debía ser cosa de aquel bromista de Ray Morgan. Era su vecino de ***bungalow.***

—Eres un buen detective. Pero tengo sueño, Ray. Hasta mañana.

—Le pediste a Judy que fuese tu esposa.

Albert se disponía a apagar la luz, pero se interrumpió. Eso no lo podía saber Ray Morgan. Le había pedido a Judy que se casase con él al llegar al porche de su ***bungalow.*** ¿O es que Ray Morgan había hablado con Judy? Pero eso era un poco difícil. A Judy no le gustaba Ray Morgan. No, a Judy no le gustaban las endemoniadas bromas de Ray Morgan. Pero Ray podía haber estado escondido y haber escuchado su conversación con Judy. Eso le enfureció.

—Oye, maldito espía. No está bien lo que hiciste. Y mejor será que te calles.

—«Te tengo que decir algo importante, Judy» —le respondió aquella voz.

Eran las palabras con que había iniciado su declaración a Judy.

—«¿De qué se trata, Albert?» —dijo aquella voz repitiendo las palabras de Judy.

—¡Cállate, Ray!

—«Me he enamorado de ti.»

—¡He dicho que te calles, Ray!

—«Oh, no, Albert». Eso fue lo que te contestó Judy Walker, Y tú le dijiste entonces: «Quiero que te cases conmigo.»

—¡Ya te soporté bastante, Ray!

Albert trató de localizar el altavoz. Buscó por las paredes, detrás del armario, en un rincón cerca de la puerta.

—¿Dónde diablos lo colocaste, Ray?

—No sigas buscando. No encontrarás nada.

—¡Te ajustaré las cuentas ahora mismo, Ray Morgan!

Albert salió de la habitación.

Mientras cruzaba el ***living*** le llegó la voz:

—Te has puesto nervioso, Albert.

—Sí, estoy tan nervioso que te voy a romper la cara.

Abrió la puerta y pasó de su jardín al de Ray Morgan.

Oprimió el timbre del ***bungalow*** 21.

No le abrían y apretó el timbre con más insistencia.

Ray Morgan le abrió mientras se ponía un batín.

—Ah, hola, ¿eres tú, Albert?

—Ray, eres un miserable espía.

Morgan lo miró con ojos parpadeantes.

—¿Qué te pasa, Albert?

—¿Preguntas que qué me pasa? ¡Eres un maldito mirón! Pero te equivocas si crees que voy a consentirte esta broma.

—¿De qué broma estás hablando?

—Del cable que tendiste hasta mi casa.

—Yo no he tendido nada.

—Ray, no acabes con mi paciencia.

—Llegué a casa hace un rato porque me falló la morena. Tu me viste con ella en el Club 42. Se llama Olga. Es la rusa que nos enviaron desde Moscú, la especialista en campos magnéticos. Ella tiene un campo magnético sensacional, pero el mío resultó un desastre.

—Olga te falló y quisiste divertirte a mí costa.

—Oye, Albert. Has trabajado demasiado últimamente. Estás un poco excitado. ¿Por qué no tomas un comprimido y te metes en la cama? Eso es lo que te hace falta. Dormir.

—Ray, si vuelvo a oír tu voz en mi casa, juro que vendré aquí y sabrás quién es Albert Foster.

El propio Albert cerró la puerta y se dirigió a su ***bungalow.***

Cuando entró en el ***living*** fue hacia la mesa y encendió un cigarrillo.

De pronto oyó una carcajada.

Se movió a un lado y a otro.

—Fue divertido, Albert —dijo aquella voz—. No seas estúpido, Albert. No soy Ray Morgan. Él está ahora en su jardín, porque lo dejaste confuso. Encendió un cigarrillo como tú. Acércate a la ventana y podrás verlo.

Albert titubeó unos instantes, pero se dirigió a la ventana.

Y quedó más asombrado que nunca. Ray Morgan estaba efectivamente en su jardín, fumando un cigarrillo.

—¿Estás ya convencido? —dijo la voz a su espalda.

Albert observaba a Ray Morgan gracias a la luz del porche del ***bungalow*** de su vecino. No, no hablaba. Sus labios estaban quietos. Y en sus manos no aparecía ningún micrófono.

Se volvió poco a poco y observó desde el fondo del ***living*** hasta la pared.

—De acuerdo —dijo—. No eres Ray Morgan. Pero eres otro maldito bromista como él.

—No, Albert. No soy ninguna persona que tú conoces.

—¿Y quién es usted?

—El Poder Invisible.

CAPÍTULO II

Albert Foster se había quedado inmóvil, tras escuchar aquella respuesta.

—¿El Poder… Invisible? —repitió con un tartamudeo.

—Sí.

—¡Es la más sucia broma que me han gastado en mi vida! —rio Albert, pero su risa era ya nerviosa.

—¿Sigues creyendo que soy uno de tus compañeros?

—De eso no tengo ninguna duda.

—Te haré una demostración para que te convenzas de que estás equivocado. Te declaraste a Judy y ella te pidió un plazo de siete días para contestarte. Le propusiste que cenase contigo mañana por la noche y todas las noches, hasta el séptimo día.

Albert atirantó los músculos faciales.

—¡Esa no es ninguna prueba!

—¿No?

—Usted pudo estar cerca de allí y escucharme.

—Te daré la última prueba que necesitas. Judy nunca se casará contigo.

—¡Maldita sea!

—No, no se puede casar contigo porque ama a otro hombre.

—¡Mentira!

—Está enamorada del doctor Müller.

—¿Del doctor Müller? —Albert soltó una carcajada—. ¡Está chiflado! ¡Completamente chiflado! ¡El doctor Müller, es el último hombre del que Judy se enamoraría!

—¿Por qué? ¿Porque te lo ha dicho ella?

—Sí.

—Te ha mentido. Está enamorada de Müller.

—¡Cállate!

—Puedes cerciorarte ahora mismo.

—¿Otra de tus malditas pruebas?

—Él doctor Müller acaba de entrar en el ***bungalow*** de Judy.

—¡No!

—Ella lo ha llamado.

—¡Le he dicho que no es posible!

—Y yo te digo que Judy ha llamado al doctor Müller con una excusa. Para que le resuelva un supuesto problema matemático.

—¿Cómo lo sabe? Dígamelo. ¿Cómo lo sabe?

—Soy el Poder Invisible, Mis facultades me permiten estar en más de un sitio al mismo tiempo.

Albert rio, pero cada vez lo hacía más excitado.

—¿De dónde viene usted? Ande, suelte el mejor chiste.

—Vengo de la Galaxia-14.

—¿De cuál de sus planetas?

—Del planeta que vosotros, llamáis Hespérida.

—¡En Hespérida no hay nadie! ¡Es un planeta muerto!

—Te equivocas. No es un planeta muerto porque allí vivo yo, y viven otros como yo.

—¿Sabe lo que le digo? ¡Que vuelva a Hespérida, farsante!

—Es una lástima que no creas en mis palabras. Podrías ir ahora al ***bungalow*** de Judy Walker y la sorprenderías con el doctor Roben Müller.

—Mañana sabré quién es usted realmente. Ahora no quiero preocuparme. Pero, con la luz del día, descubriré los cables y cuando sepa quién es el repugnante tipo que me ha gastado esta apestosa broma, juro que lo haré salir de esta Base Espacial.

—Perderías tu tiempo porque no hay ningún cable. ¿Sabes lo que está haciendo ahora Judy?

—¡Cállate!

—Está escuchando embelesada las explicaciones que le da el doctor Müller con respecto al supuesto problema que ella tenía. Pero es falsa. Judy conocía la solución. Sólo ha querido ver a Müller. Y sé que Judy está esperando que el doctor Müller la coja por la cintura y la bese en la boca.

Albert gritó lleno de furia:

—¡Puerco! ¡Es usted un puerco!

—Ella tiene puesta una bata verde. Sólo eso. Una bata porque acaba de ducharse. Y te aseguro que está encantadora. Huele a perfume. Y el doctor Müller está sintiendo sus

emanaciones. No me extrañaría que al final Judy lograse lo que desea. Que el doctor Müller la tome en sus brazos.

—¡No, no está ocurriendo eso!

—¿Por qué no vas allí?

Albert respiraba jadeante.

—¡Miente! ¡Es un condenado embustero!

—¿Sabes lo que dice Judy en estos momentos?

—¿Qué es lo que dice?

—«Doctor Müller, ¿quiere beber un whisky?» Pero ella le está prometiendo otra cosa porque lo mira con los ojos brillantes y los labios entreabiertos.

Albert echó a correr y salió de su ***bungalow*** dejando la puerta abierta.

Ray Morgan lo vio.

—¿Adónde vas, Albert?

—¡Vete al infierno!

—Pero ¿qué diablos te ocurre, Albert?

Albert no le hizo caso. Siguió corriendo.

Llegó al porche del ***bungalow*** de Judy respirando entrecortadamente.

Pulsó el timbre.

Pasaron unos instantes. Iba a llamar otra vez cuando Judy abrió.

—Hola, Judy.

—Hola, Albert. ¿Qué quieres?

—Verás… —no le podía decir lo que había pasado—. He pensado en lo que te dije antes y, como me diste ese plazo de siete días… En resumen, que no podía dormir. Y pensé que a ti te pasaría lo mismo… He venido a que me ofrezcas una copa.

—Lo siento, Albert. Pero estoy muy cansada y ya iba a acostarme.

Albert se mojó los labios con la lengua. Si Judy se disponía a acostarse, era porque se encontraba a solas. Aquel canalla, quienquiera que hubiese tendido los cables hasta su casa para hablar por un micrófono, se las iba a pagar.

—Está bien, Judy —dijo.

Y de pronto se dio cuenta de algo que hasta entonces había

pasado por alto. Judy se envolvía en un batín y daba la impresión de que debajo no tenía nada, y olía a perfume. Y la bata era verde como le había dicho aquella voz.

—¿Te bañaste, Judy?

—Sí.

—Hueles muy bien —dijo Albert, cada vez más confuso.

—Buenas noches, Albert.

—¿Estás sola?

La joven no le contestó.

—Te he preguntado si estás sola, Judy.

—Sí, estoy sola.

—Te tiembla la voz, Judy.

—Me tiembla porque me estás haciendo unas preguntas absurdas.

--Lo siento, Judy. De verdad que lo siento.

En aquel momento, Albert oyó un tintineo de cristal, como de una copa.

Miró el rostro de Judy y vio cómo palidecía.

—Judy, ¿quién hay ahí?

—No es asunto tuyo.

—¡Me has dicho que estabas sola!

Albert iba a entrar, pero Judy le interrumpió el paso.

—¡Vete, Albert!

—¡No, no me iré!

Albert la apartó entrando en el interior.

El doctor Müller estaba sentado en el sofá y tenía un vaso de whisky en la mano.

—Buenas noches, doctor Müller.

El doctor Robert Müller tenía cuarenta años y era de rostro bien parecido y ojos verdes.

—Ah, ¿es usted, Albert?

La excitación crecía en la mente de Albert mientras se acercaba al sofá.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, doctor Müller?

—Judy me llamó.

—¿Para qué?

Judy gritó por detrás de él:

—¿Con qué derecho haces esas preguntas, Albert?

—Doctor Müller —dijo Albert—, ¿le llamó ella para que le diese la solución a un problema matemático?

—Sí.

Judy habló otra vez:

—Albert, vete a tu ***bungalow.***

—¿Te vas a casar conmigo, Judy?

—No.

—¿Ya no necesitas pensarlo?

—No necesito pensarlo. ¡No me casaré contigo!

—Estás enamorada del doctor Müller.

—Por favor, Albert, Es la escena más ridícula que he presenciado en mi vida.

—Estás enamorada del doctor Müller. Tú conocías la solución del problema. Pero lo llamaste porque estás enamorada de él.

Por la cara de Judy, Albert supo que había acertado,

Müller se levantó.

—Albert, creo que tendrá que marcharse.

Albert miró a Müller y lo vio tan alto como él, pero más fornido, y con una sonrisa triunfadora en los labios. Era el dueño de la situación y él, Albert, ocupaba el lugar más ridículo del triángulo.

—Váyase, Albert —oyó al doctor Müller

—Sí, vete, Albert —dijo Judy.

Y él sabía lo que iba a pasar cuando se fuese. ¿No se lo había dicho ya el Poder invisible? Judy caería en brazos del doctor Müller porque ella estaba enamorada de él, y el doctor Müller era de carne y hueso, y Judy, una mujer bella y hermosa, en plena juventud.

De pronto se oscureció su mente.

Alargó la mano hacia el cubo del hielo, donde estaba el punzón y atrapó éste por el mango.

Se abalanzó sobre el doctor Müller con la cara desencajada, los ojos desorbitados.

Y Albert, especialista en radiaciones cósmicas, hundió el punzón en el vientre de su jefe, el doctor Robert Müller,

mientras gritaba:

—¡El Poder Invisible dijo la verdad!

El doctor Müller retrocedió apartándose de su agresor, que le había metido el punzón hasta el mango.

Y Judy vio cómo el doctor Müller se derrumbaba.

CAPÍTULO III

Mike Sullivan enseñó su credencial de inspector de la policía de la República Confederada en la Tierra, con sede en la Tercera Zona, que comprendía las dos Américas, la del Norte y la del Sur, con sede en Río de Janeiro.

—Puede pasar, señor Sullivan.

—Gracias, señorita Walker,

Cuando entraron en el ***living,*** Judy Walker dijo:

—¿Un whisky?

—No, gracias.

—Empiece a preguntar.

—Mis compañeros de la policía en la base ya le han hecho bastantes preguntas. He leído los interrogatorios, señorita Walker. Comprendo que ha pasado por un mal momento.

—Puede estar segura de que ha sido el peor de mi vida. Algo horrible.

—¿Diría usted que Albert Foster mató al doctor Müller en un arrebato de celos?

—Desde luego. No hubo otra cosa.

—Sin embargo, Albert pronunció una frase cuando tomó el punzón de hielo. —Mike sacó un papel del bolsillo y lo consultó —. Efectivamente dijo: «El Poder Invisible dijo la verdad.»

--Sí, ésas fueron sus palabras.

—¿A qué poder invisible se refería, señorita Walker?

—No tengo la menor idea.

—Fue lo que usted contestó al inspector Meredith. Creí que quizá ha pensado en ello, y esa frase le podía haber dado una nueva idea.

—No, señor Sullivan. He tenido muy pocas ideas desde anoche. El doctor Müller está muerto y Albert en una celda del hospital de enfermos mentales. Dicen que está loco.

—Es el informe que tengo.

—¿Ha intentado hablar con Albert?

—Decidí primero hablar con usted.

—Lo siento, pero no puedo agregar nada a lo que dije a sus

colegas.

—He estado examinando el expediente, señorita Walker. Y en él constan las declaraciones de Ray Morgan. Usted sabrá el incidente que ocurrió entre él y Albert Foster.

—Sí, me lo explicó.

—Albert acusó a Ray de que había establecido un cable. Según Albert, Ray Morgan le estaba hablando por un micrófono. Le dijo a Ray que era un miserable espía. Y más adelante lo acusó de mirón. Luego Albert se marchó, Ray se había quedado intranquilo porque Albert parecía excitado. Y como el incidente le había quitado el sueño, decidió fumar un cigarro en el jardín. Poco después vio a Albert salir **de** su ***bungalow*. Le** preguntó adónde iba y Albert lo mandó al infierno. Albert se dirigía hacia aquí.

—Perdón, señor Sullivan, pero voy a beber un trago de whisky.

—Está bien. Yo también beberé.

Judy escanció en dos vasos y Mike Sullivan cogió el suyo.

—¿No le extrañó el comportamiento de Albert?

—Dios mío, es como si me hubiese seguido.

—¿A qué se refiere?

—Verá, señor Sullivan. Hay una cosa que no le había dicho a Albert. Que yo estaba enamorada del doctor Müller. Albert era un buen chico, pero yo no le quería, y él me había pedido que fuera su esposa.

—Sí, eso ya lo declaró.

—Pero hay algo que no he declarado. Se lo diré ahora. Simulé tener un problema matemático para hacer venir aquí al doctor Müller.

—¿Y qué?

—Albert lo sabía.

—¿Sabía que usted había simulado el problema matemático?

—Sí, y también dijo que yo había llamado al doctor Müller porque estaba enamorado de él. Fue como si él supiera...

—¿Como si él supiera la estratagema que usted había urdido para atraer al doctor Müller?

—Es absurdo, ¿verdad, señor Sullivan?

Mike se quedó pensativo. Frisaba los veintiocho años y era muy alto, de rostro varonil, cabello y ojos negros.

—El Poder Invisible —repitió—. ¿Qué quiso decir Albert?

—¿Cree usted que eso tiene importancia?

—No lo sé, señorita Walker. Gracias por su colaboración.

* * *

Mike Sullivan entró en la habitación donde estaba Albert Foster.

Las paredes y el poco mobiliario que había en la pequeña alcoba estaban acolchados.

Albert pareció no haberle oído.

—Soy Mike Sullivan, inspector de la policía. ¿Qué tal se encuentra?

Albert levantó sus ojos, pero Sullivan notó que su mirada erraba por la habitación.

Mike había sido informado. A Albert le habían tenido que poner la camisa de fuerza el día anterior. Después de matar al doctor Müller, volvió a su ***bungalow*** y se había puesto a romper los muebles y allí fue sorprendido por la policía, quienes llamaron al hospital de enfermos mentales. Le habían tenido que poner la camisa de fuerza y seguía con ella. Aunque ahora parecía incapaz de hacer nada

—Señor Foster, ¿qué es el Poder Invisible?

Albert dio un respingo y miró con los ojos asustados a Sullivan.

—El Poder Invisible, señor Foster —repitió Mike.

—¡Maldita voz!

—¿A qué se refiere, señor Foster?

—No existe la voz… La tenía yo dentro… Era mi cerebro. Tenía que ser mi cerebro. No podía hablarme… Es la conciencia de cada uno… Eso es… Todos tenemos una conciencia. Y ella es la que nos habla.

—¿Qué le dijo su conciencia, señor Foster?

—Nada. No me dijo nada.

—¿Le dijo su conciencia que Judy había recibido la visita

del doctor Müller? ¿Le dijo su conciencia que Judy estaba enamorada del doctor Müller?

—Déjeme en paz. No pueden nada contra el Poder Invisible. No se ve. No se toca. Sólo se oye.

—¿Dónde está el Poder Invisible?

—No está en ninguna parte. Y está en todas.

Albert lanzó una carcajada. Se derrumbó en el suelo y siguió riendo.

—Señor Foster —dijo Mike—, quiero que me explique lo que pasó.

Foster siguió riendo a mandíbula batiente, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Él lo sabía todo... ¡Lo sabía todo...! No, no podrán nada. El Poder Invisible me sacará de aquí y yo iré con él.

—¿Adónde irá?

—¿Qué le importa a usted?

—Me importa mucho. Soy policía.

—¡Lárguese, policía! No puede hablar con un loco. Yo estoy loco. Completamente loco. Oigo voces. ¿Qué le parece eso? Muchas voces. Y ellas me dicen las cosas que yo quiero saber. El Poder Invisible vendrá aquí y yo haré un pacto con él. ¿Qué le parece eso? El Poder Invisible me dará a Judy. Y yo venderé mi alma al Poder Invisible. ¿Se acuerda de las historietas sobre el demonio? Hace centenares de años se contaba que los hombres vendían su alma a Lucifer. Pero ahora estamos en el siglo XXI... Y yo voy a vender mi alma al Poder Invisible, que es quien ocupa el lugar de Lucifer.

Se levantó y empezó a mirar a un lado y a otro de la estancia.

—¿Dónde estás, Poder Invisible? Quiero que me digas lo que debo hacer para recuperar a Judy... ¿Dónde infiernos estás...? ¡Háblame!

Albert cayó de rodillas sobre las baldosas y apoyó la cabeza en el suelo y se puso a sollozar.

—¡Háblame! ¡Por favor, háblame!

Mike dio media vuelta e hizo sonar una llave en los barrotes de la ventanilla.

El enfermero le abrió desde el otro lado.

Mike, después de dirigir una mirada al enfermo, que seguía arrodillado, llorando, salió de la celda.

* * *

Mike Sullivan estaba en el despacho del superintendente de la Base Espacial K-14, en Nuevo México.

—¿Qué significa para ustedes la pérdida del doctor Müller, señor Connery?

—Nos ha creado una situación muy grave. El doctor Müller era el jefe de la expedición Galaxia-14. Conocía a la perfección los distintos problemas de los veinticinco especialistas que trabajaban para él. El doctor Müller poseía un cerebro excepcional. Había sido recompensado tres veces con el Premio Mundial de Física, el de Química y el de Geometría Espacial... Sí, señor Sullivan, el doctor Müller poseía una mente privilegiada.

—¿Qué demora se producirá en el plan de la Galaxia-14?

—Puede estar seguro de que se retrasará no menos de tres años.

—¿Qué objeto persigue la operación Galaxia-14?

—La instalación de una base en el planeta Hespérida.

—Perdone, señor Connery, pero no estoy al corriente de estas cosas. ¿Qué hay de ese planeta?

—Se lo explicaré mejor si ve las fotografías del planeta Hespérida que hemos conseguido con nuestros satélites artificiales.

—Las veré con mucho gusto, doctor Connery.

Poco después, en la sala de proyecciones, Mike Sullivan contemplaba las fotografías del planeta Hespérida, paisajes rocosos con altas montañas. No observó vestigios de vida.

—No hay vida, según nosotros la entendemos —dijo Connery—. La atmósfera de Hespérida carece absolutamente de oxígeno.

—Imagino que habrán traído muestras de ese planeta.

—Desde luego.

—Quisiera verlas.

—No es posible porque no están aquí. La operación Galaxia-14 es planeada conjuntamente por tres Centros Espaciales. El de Nuevo México, el de París y el de Londres.

—¿Dónde están las muestras concretamente?

—Están siendo examinadas en París por el doctor Jacques Servet, que es el jefe de la Sección Geológica con respecto a la Galaxia-14, y en Londres por el doctor Boris Manners, una autoridad en Bioquímica,

Terminó la proyección y Sullivan estrechó la mano de Connery.

—Gracias por todo, señor Connery.

—Siento no haberle servido de ayuda.

—Iré a París y a Londres. Quiero saber todo lo relacionado con esas muestras del planeta Hespérida.

CAPÍTULO IV

—No me esperes a cenar esta noche, Anne —dijo el doctor Jacques Servet, en París, capital de la República Confederada Europea.

—¿Por qué, querido? —insistió su esposa.

—Tengo trabajo en el laboratorio.

—Creí que ya habías terminado con esas dichosas muestras del planeta Hespérida.

—Estoy en lo más interesante. Creo que voy a hacer un descubrimiento sensacional.

—¿A qué te refieres?

—Es mejor que no te lo diga ahora.

—¿Por qué?

—Podrías asustarte.

Jacques Servet, la autoridad máxima en la Tierra sobre Geología de la Galaxia-14, besó a su mujer en la mejilla.

—¿Cuándo volverás, Jacques?

—Mañana, a las ocho.

—¿Vas a pasar toda la noche en el laboratorio?

—Sí.

—Es absurdo, Jacques. ¿Es que no recuerdas lo que te dijo el doctor Gavin? Debes cuidarte.

—Me cuido todo lo que necesito.

La esposa del doctor Servet, Anne, era dos años mayor que él y había envejecido mucho desde que un hijo suyo pereció ahogado durante unas vacaciones.

—Hasta mañana, querida.

Anne vio salir a su marido. Ya estaba otra vez sola en aquella casa de tantas habitaciones. Ella había querido mudarse a un apartamento tras la muerte del pequeño Raymond. Le llamaba pequeño, aunque ya había cumplido los quince años cuando ocurrió el terrible accidente.

Aquella casa le recordaba demasiado a su hijo.

Encendió un cigarrillo y se sentó en el sofá.

Cogió el mando a distancia y puso en marcha la televisión.

Pero en la pantalla no apareció imagen. Siguió oscurecida. Sin embargo, oyó una voz:

—Buenas noches, señora Servet.

Quedó asombrada. ¿Cómo podía salir de la televisión la voz de una persona que la saludaba por su nombre?

—No está usted equivocada, señora Servet. Le estoy hablando desde aquí.

—No entiendo.

—No hace falta que entienda. El caso es que usted me está escuchando perfectamente, ¿verdad, señora Servet?

Anne estaba cada vez más aturdida. Aquello no le podía pasar a ella. Era cosa de su mente.

—No, señora Servet. No está usted loca.

Anne apretó el botón de mando a distancia y cambió el canal.

Pero la pantalla del televisor siguió oscurecida y de nuevo oyó la voz de antes:

—Puede apretar el botón cuantas veces quiera, señora Servet, y nunca verá nada en esta pantalla. Y tampoco oirá ninguna voz, excepto la mía,

Anne pulsó el botón que apagaba el televisor. Durante unos instantes se dijo, una vez más, que todo había sido producto de su cerebro. Ella era la que necesitaba cuidados médicos, y no su marido.

Dio una chupada al cigarrillo y exhaló el humo por los agujeros de la nariz.

—Sigo estando con usted, señora Servet —dijo la voz misteriosa.

Anne se puso rígida.

—¿Quién habla?

—Se lo diré luego.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está? —gritó Anne.

—Debe tranquilizarse, señora Servet.

Anne miró a un lado y a otro, buscando el lugar de donde brotaba aquella voz.

—No, no siga buscando, señora Servet. Estoy aquí y en todas partes.

Anne se levantó del sofá. Dejó el cigarrillo en el cenicero, y se apretó las sienes con la mano.

—No, no es verdad —murmuró—. No estoy escuchando a nadie. Estoy sola en esta casa.

—Lo está aparentemente, señora Servet —le contestó la voz —. Pero está conmigo. Y yo he venido a ayudarla.

—¿Ayudarme a qué?

—A que sepa la verdad. Su marido la engaña.

—¿Cómo?

—Su marido ama a otra mujer.

—¡No!

—Sí, señora Servet. Es muy duro para usted reconocerlo. Pero mírese en el espejo.

Aquella persona rio.

—¿Qué le pasa, señora Servet? ¿Tiene miedo a ver sus arrugas? ¿Su boca que quedó un poco afectada por la parálisis que sufrió después de la muerte de su hijo?

Anne dio unos pasos hacia el espejo en forma de sol que había en la pared.

Vio reflejada su imagen. Si, tenía grandes bolsas bajo los ojos, y su boca estaba un poco torcida.

El especialista que la había tratado le dijo que, con el tiempo, su boca recuperaría casi su posición normal. Pero ella pensó que se lo decía por piedad, Y ya había pasado mucho tiempo y su boca seguía tan torcida como el primer día que sufrió el ataque.

—¿Convencida, señora Servet?

—¿Quién es usted? —gritó Anne volviéndose.

—El Poder Invisible.

—¿El Poder Invisible? Oh, no; esto no me está pasando a mí. ¡No estoy oyendo nada!

Se cubrió las orejas con las manos y oyó la voz, aunque muy apagada:

—Le dije antes que se tranquilizase, señora Servet.

—¡No! ¡No hay nadie aquí!

—Estamos los dos solos. Usted y yo.

—¡Estoy sola! ¡Completamente sola! ¡Me estoy volviendo

loca!

—No, señora Servet. Usted está bien.

—Es una trampa. Eso. Una trampa. Alguien quiere saber algún secreto de mi marido. Llamaré a la policía. ¡Voy a llamar a la policía! Donde quiera que esté usted, será apresado.

Corrió al teléfono.

—No hay línea, señora Servet —dijo la voz.

Anne descolgó el auricular, pero no oyó nada.

Golpeó la horquilla varias veces.

—No hay línea, señora Servet.

—¡Estoy prisionera! ¡Ustedes han cortado el cable!

—Usted puede salir de aquí cuando quiera.

—¡Me iré ahora mismo!

Anne echó a correr y la voz dijo:

—¿No quiere saber con quién está su marido?

—Mi marido está en el laboratorio.

—No, no está en el laboratorio.

Llegó ante la puerta. ¿Por qué no la abría? Pero se volvió.

—¿Dónde está Jacques?

—Se va a reunir en un apartamento con una mujer.

—¡Mentira!

—Ella es una linda joven. Sí, señora Servet. Eso es ella. Joven. Porque sólo tiene veinticuatro años,

—¡No!

—Su marido es un científico. Trabaja muchos ratos en el laboratorio. Y ha pasado diecisiete largos años a su lado... Demasiado tiempo para un hombre... Él la ha sustituido.

—¡No me ha sustituido por nadie! Jacques me quiere,

—La quiere a su manera. Como a una compañera. Simplemente como eso. Pero se ha enamorado de otra mujer.

—¡Miente! ¡Maldito, miente! ¿Dónde está usted? ¿Dónde?

—No me puede ver, señora Servet. Pero ya le he dicho que estoy en todas partes. Y ahora mismo estoy en el apartamento donde Jacques, su marido, acaba de entrar. En este momento abraza a la linda joven y la besa en los labios.

—¡No!

—Sí, señora Servet, es la escena que estoy presenciando.

—¡Usted está aquí!

—Y en todas partes, señora Servet.

—¡No hará que crea eso!

—Ahora su marido y la linda joven caminan hacia un sofá. Se sientan. Ella le pregunta: «¿Y tu mujer?»

Y él le contesta: «Resultó fácil. Le dije que pasaría la noche en el laboratorio.»

—¡No es cierto!

—Ella le dice: «Querido, eso merece un beso.» Y los dos se ríen y se besan.

—¡No! —gritó Anne—. ¡Mil veces no!

—Su marido está en la calle Rabat, número 224, apartamento séptimo.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—Si va al número 224 de esa calle, comprobará en el buzón correspondiente el nombre de la linda joven. Se llama Nicole Castelot.

—¡Me está mintiendo! ¡Me está mintiendo!

—No, señora Servet. De todas formas, si usted cree que le miento, no tiene más que ir a la dirección que le he dado y comprobará que es verdad cuanto le he dicho.

—¡Mi marido está en el laboratorio!

—Muy bien. Vaya al laboratorio. Pero perderá su tiempo. No encontrará a Jacques.

Anne abrió la puerta y echó a correr.

Al llegar al vestíbulo se detuvo. Allí estaba su bolso y dentro tenía una pistola. Se la había comprado el propio Jacques cuando, meses atrás, pandillas de delincuentes juveniles asaltaron algunas casas en las afueras de París.

Salió de la casa y se asombró de que hubiese podido llegar a la calle sin que nadie le hubiese impedido el paso.

Se detuvo observando los taxi-helicópteros que, sobrevolaban la zona.

Vio a uno de ellos con la luz de libre y lo llamó por su mando electrónico.

El helicóptero aterrizó en la plataforma del jardín.

—Por favor —le pidió al taxista—, quiero ir a la calle

Rabat, 224.

El helicóptero se elevó rápidamente y sobrevoló el encintado número 24 de las señalizaciones para vuelo de los taxi-helicópteros.

Llegó a su destino en cinco minutos. Pagó la tarifa y sólo tuvo que caminar cincuenta metros para llegar al número 224 de la calle Rabat.

Miró los buzones. Sí, allí estaba el nombre. Nicole Castelot. Y correspondía al apartamento séptimo.

Subió en el ascensor.

Al mirarse en el espejo vio su imagen otra vez, las grandes bolsas bajo sus ojos, la boca torcida. Y salió un gemido de sus labios.

Oprimió el botón del apartamento séptimo.

Le abrió una joven que no debía tener más de veinticuatro años, rubia, de ojos verdes. Era de bonita cara y atractiva figura.

—¿La señorita Castelot?

—Sí.

—Soy la esposa de Jacques Servet.

—Perdone, pero no conozco a Jacques Servet.

—Sé que mi marido está ahí.

—¿Qué está diciendo, señora?

—Mi marido está con usted.

—Se equivoca.

—Muy bien. Déjeme entrar.

—Lo siento, pero no se lo permitiré.

Anne abrió el bolso y sacó la pistola.

Nicole miró el arma con miedo.

—¿Qué hace, señora Servet?

—¡Apártese!

La joven se apartó atemorizada y Anne entró en el apartamento.

Jacques Servet estaba sentado en un sofá, en mangas de camisa.

—¡Anne! —gritó, y se levantó.

Anne no dijo nada. Apretó el gatillo una, dos, tres veces.

Jacques se tambaleó mientras recibía los proyectiles. Chocó contra una mesita y se derrumbó.

Nicole salió del apartamento pegando chillidos.

Anne continuaba con la pistola en la mano apuntando a Jacques Servet, aunque ya había dejado de disparar. Y su rostro era una máscara de horror porqué tenía los ojos desorbitados, la boca temblorosa...

CAPÍTULO V

—¿Mike Sullivan, de la policía? Que pase —dijo el doctor Dupont.

Mike Sullivan estrechó la mano de René Dupont, jefe del Centro Espacial de París.

—Gracias por recibirme, doctor. Estoy investigando la muerte de Jacques Servet.

—Creí que todo había quedado claro. Ha sido un enojoso asunto para el Centro Espacial de París, El doctor Servet tenía una amante, Nicole Castelot. La esposa del doctor Servet lo supo de algún modo y no pudo resistir el golpe. En fin. Hemos perdido un gran científico.

—La autoridad máxima en Geología y que, casualmente, estaba examinando ciertas muestras procedentes del planeta Hespérida,

—Sí, señor Sullivan. Es el trabajo a que se dedicaba Jacques Servet,

—Quisiera una información, lo más completa posible, acerca de los resultados que Jacques Servet había obtenido.

El doctor Dupont hizo un gesto de perplejidad.

—Pero el trabajo de Jacques Servet no está relacionado en ningún modo con su triste final.

—Disculpe, señora Dupont, pero tengo que insistir en que es importante para mí conocer esos resultados.

—De acuerdo, le daré un pase. El doctor Servet tenía una colaboradora, la doctora Jeanne Mercier. Ella está al corriente de las pruebas realizadas por su jefe.

—De acuerdo, doctor.

Dupont hizo el pase, el cual, después de firmado, entregó a Mike.

—Quisiera ver también a Anne Servet.

—Eso no es aconsejable, señor Sullivan.

—¿Por qué no?

—Sufrió un fuerte ***shock y*** está sometida a tratamiento psiquiátrico.

—A pesar de eso, quiero verla.

—No va a conseguir nada. Sólo dice palabras incoherentes.

—Me interesa mucho escuchar esas palabras incoherentes, doctor Dupont.

* * *

Un enfermero le abrió la habitación de la paciente.

Mike Sullivan vio a Anne Servet tendida en la cama, con los ojos abiertos, fijos en el techo.

—Buenos días, señora Servet.

Ella no le respondió. Siguió inmóvil.

Mike dio unos pasos hacía la cama.

—Quiero que me cuente lo que pasó, señora Servet

Ella siguió callada y ni tan siquiera parpadeó.

Mike la estuvo observando durante unos instantes mientras se masajeaba el mentón. Finalmente se le ocurrió algo.

—El Poder Invisible —dijo.

Vio cómo las manos de Anne Servet temblaban sobre el estómago.

—El Poder Invisible —repitió Mike.

Ella dobló la cabeza y sus ojos erraron por la habitación hasta detenerlos en la figura de Mike,

—¿Quién es usted?

Mike pensó que podía arriesgarse.

—El Poder Invisible.

—¿Usted…? No, usted no es el Poder Invisible. A usted lo estoy viendo. Tiene figura.

—¿Y cómo tenía que ser yo si fuese el Poder Invisible?

Ella se echó a reír y lo hizo con estridencia.

Mike sintió un escalofrío por la espalda al oír aquella risa.

—La voz —dijo Anne.

—¿Qué voz?

—La voz —repitió ella.

—¿Qué voz oyó, señora Servet?

—La de él.

—¿Quién era él?

—Estaba allí, pero no lo veía…

—¿Qué le dijo?

—Estaba allí y no lo veía —insistió Anne.

—Haga un esfuerzo, señora Servet. ¿Qué fue lo que él le dijo?

Anne sé sentó en el camastro y se movió hacia delante y hacia atrás, mientras repetía con los ojos perdidos:

—Estaba allí y no lo veía. Estaba allí y no lo veía...

* * *

Mike Sullivan había quedado citado con Nicole Castelot en una cafetería.

—Gracias por haber venido, señorita Castelot.

—He tratado de ayudar a la policía lo que he podido. Usted me dijo que venía de América y que también es policía.

—Señorita Castelot, no me interesa el crimen cometido como un delito de derecho común. Estoy realizando una investigación a nivel supranacional. Yo trabajo para la Confederación de Repúblicas... El doctor Servet tenía asignado un trabajo muy importante.

—Pero ya dije le que tenía que decir, señor Sullivan.

No se me olvidó absolutamente nada. ¿Quiere que le repita cómo entró la señora Servet en mi apartamento? ¿Cómo sacó la pistola y disparó contra su marido?

—No, no necesito que me repita eso. He leído varias veces su declaración a la policía francesa, y la tengo en mi memoria.

—Entonces, no le comprendo.

—¿Cuáles eran sus sentimientos personales con respecto al doctor Servet?

—Yo le quería.

—¿Cuándo supo que quería al doctor Jacques Servet?

Nicole le miró perpleja.

—Ocurrió como siempre sucede en el amor.

—Prefiero que me diga lo que le ocurrió a usted sin generalizar.

—De pronto me di cuenta de que le amaba.

—¿De pronto?

—Sí.

—¿Me puede señalar el día?
—Hace unas tres semanas.
—Señorita Castelot, le ayudaré un poco. Usted estaba en un lugar a solas y no pensaba en el doctor Servet. Y de repente, como usted dice, empezó a amarle. ¿Fue así?
El asombro de Nicole fue mucho mayor.
—Tiene razón, señor Sullivan. Yo estaba tomando un baño en mi apartamento. Me quedé un poco...
—¿Un poco qué?
—Dormida. Sí, ésa fue la sensación que tuve. Me quedé en la bañera como dormida. Pero yo juraría que no dormí.
—Una sensación extraña,
—Si, señor Sullivan.
—Y cuando despertó de esa especie de sueño, usted se sintió enamorada de Jacques Servet.
—Ya no había otro hombre en el mundo para mí.
—Sin embargo, antes lo había visto.
—Desde luego. Le veía todos los días. Trabajo en las oficinas del Centro Espacial.
—Y con anterioridad a ese baño nunca había sentido el menor interés por él.
—Sencillamente, no.
—¿Y qué es lo que siente ahora por el doctor Jacques Servet?
—Me da vergüenza decirlo.
—¿Quiere que lo diga yo por usted? Usted ahora se da cuenta de que no le amaba tanto.
Nicole volvió la cabeza, confusa.
—No comprendo cómo pude querer tan intensamente a ese hombre.
—¿Cuándo empezó a darse cuenta de que no amaba tanto al doctor Servet?
—Yo diría que en el momento que él murió.
—Gracias, señorita Castelot. Me ha servido de mucha ayuda.
Minutos más tarde tras despedirse de Nicole Castelot, Mike, en una cabina telefónica, marcaba el número del Centro

Espacial de Nuevo México.

—¿Señorita Judy Walker?

—Sí.

—Soy Mike Sullivan, señorita Walker. Le llamo desde París. Se me olvidó preguntarle algo.

—¿De qué se trata, señor Sullivan?

—Quiero que piense la respuesta, señorita Walker. ¿Cuándo se dio usted cuenta de que amaba al doctor Robert Müller?

No oyó nada a la otra parte.

—¿Quiere que le repita la pregunta, señorita Walker?

—La oí muy bien. Fue un efecto repentino.

—Quisiera que me precisase el momento en que se sintió enamorada de Robert Müller.

—No me puedo acordar de un detalle tan simple.

—Le aseguro que no es simple, señorita Walker. Normalmente, uno no se da cuenta del momento exacto en que se ha enamorado de una persona del sexo opuesto. Quiero decir que es un proceso. Pero yo apostaría a que, en su caso, no hubo ese proceso. Por tanto, si usted hace un esfuerzo, podrá recordar en qué momento se sintió impresionada por el doctor Müller.

—¿Cómo sabe eso?

—Es una suposición, señorita Walker, y necesito que usted la corrobore.

—Sí, señor Sullivan, Pasó como usted dice. Fue algo repentino. Yo estaba en el restaurante, comiendo, y vi al doctor Müller. Él estaba en otra mesa. Me empecé a fijar en él.

—¿Oyó alguna voz**?**

—¿Una voz? Allí había mucha gente.

—No me refiero a las voces de las personas que se encontraban en el comedor, sino, digamos, una voz interior.

—No, señor Sullivan, no oí ninguna voz interior.

—Entonces, usted miró al doctor Müller y empezó a amarle.

—Yo creí que...

—Siga.

—Yo creí que él me había interesado, pero no hasta ese

punto.

—¿Se podría decir que se enamoró del doctor Müller en aquel momento, en el restaurante?

—Sí, señor. Se podría decir.

—¿Qué siente usted ahora por el doctor Müller, señorita Walker?

—Estoy asombrada.

—¿Por qué está asombrada?

—Porqué ya se me pasó.

—¿Ya no está enamorada del doctor Müller?

—No, señor Sullivan. No lo estoy.

—Gracias, señorita Walker.

Mike marcó otro número. El de un colega, Pierre Lefevre, el comisario de la comisaría de la policía francesa que llevaba el asunto de la muerte de Jacques Servet.

De pronto golpearon los cristales.

Mike, a través de ellos, vio a una joven muy bonita, morena, de ojos negros.

Ella siguió golpeando los cristales. Quería darle prisa.

Mike entreabrió la puerta.

—¿Qué desea, señorita?

—¿Va a estar ahí todo el día?

—No vivo aquí.

—¿Quiere que me ría del chiste?

—Estoy haciendo unas llamadas urgentes,

—¿Y cuántas va a hacer?

—Otra más, Pero, si no me deja hacerla, estaré más rato.

Mike oyó a la otra parte la vez de Pierre Lefevre.

—Lefevre, soy Mike Sullivan.

Había sostenido una conversación previa, y Lefevre le había puesto al corriente de las declaraciones de las personas que habían intervenido en el caso Servet.

—¿Qué quieres que haga por ti, Mike?

—Te explicaré la muerte del doctor Robert Müller. Ahora ha sobrevenido la muerte del doctor Servet. Si no me equivoco, habrá otra muerte.

—¿Cómo?

—Morirá alguien en Londres. O, al menos, estarán preparando su muerte.

—Mike, ¿te encuentras bien?

—Estoy perfectamente, Pierre.

—Admito que hay una causa común en las muertes del doctor Müller y el doctor Servet. Los celos. Pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

—Puede que mucho, si no me equivoco. Según mis referencias, en Londres está la otra sección que se ocupa de la operación Galaxia-14.

—La Sección de Bioquímica. Hacen un estudio de las posibilidades de vida en el planeta Hespérida.

—¿Quién es el jefe de esa sección?

—El doctor Boris Manners.

—¿Casado?

—No.

—Pierre, quiero que llames a Londres. Que pongan un par de hombres para vigilar a Manners.

—¿Guardaespaldas?

—Me has comprendido muy bien.

—No sé adónde te dirigen tus pasos, pero cuenta con ello.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Quiero examinar las pruebas que estaba realizando el doctor Servet con las muestras del planeta Hespérida.

Golpearon otra vez los cristales de la cabina.

Mike vio a la joven, que parecía muy indignada.

—Hasta luego, Pierre. Aquí hay alguien que tiene prisa.

Mike colgó y abrió la puerta.

La joven lo miró con ojos furiosos.

—No es nada gentil.

—¿Tenía que serlo con una feúcha como usted?

—¿Cómo dijo?

—Feúcha.

Ella levantó la barbilla.

—Señor como se llame. Entérese de que gané un concurso de belleza.

—Apuesto a que usted se exhibió en bañador, y el jurado estaba compuesto por viejos verdes.

A la joven se le atropellaron las palabras en la boca.

—Adiós, señorita —le dijo Mike—. Ya puede hacer su llamada.

Abandonó la cafetería. Tenía hambre y pensó que la señorita Jeanne Mercier también estaría comiendo, por lo que decidió dejar para una hora más tarde su visita al laboratorio del difunto doctor Servet.

Fue recibido por una mujer de cincuenta años, la doctora Simone Valiere a la que, tras cambiar un saludo, le comunicó el motivo de su visita.

—La doctora Jeanne Mercier era la ayudante de Jacques Servet y le proporcionará los resultados de las pruebas. Yo lo presentaré,

Mike y la doctora Simone Valiere fueron al laboratorio.

Había tres hombres manejando computadoras.

Al fondo había una joven de espaldas, con una bata blanca.

—Doctora Mercier —dijo Simone Valiere.

La doctora Mercier se volvió,

Y Mike vio que la doctora Jeanne Mercier era la joven con la que había discutido en la cabina telefónica.

CAPÍTULO VI

Jeanne Mercier observó con las cejas enarcadas a aquel hombre.

La doctora Valiere hizo las presentaciones.

—La doctora Jeanne Mercier... Mike Sullivan, de la Policía de la Confederación.

—Celebro conocerla, doctora Mercier.

Ella no dijo nada.

Simone Valiere se retiró dejando a solas a los dos jóvenes.

—Debí suponerlo —dijo Jeanne Mercier.

—¿Qué debió suponer?

—Que era policía.

—¿Cree que estaba atormentando a alguien por teléfono?

—No más ingeniosidades, señor Sullivan.

—De acuerdo, feúcha..., digo doctora Mercier.

—Sígame llamando feúcha, si eso le divierte.

Mike carraspeó.

—Mire, señorita Mercier. Nos conocimos en unas circunstancias un poco extrañas. Pero tengo que realizar mi misión y necesito su ayuda. ¿Quiere que volvamos a empezar? Usted y yo nunca tropezamos en aquella cabina telefónica.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Jeanne con seriedad.

—El doctor Servet estaba haciendo unas pruebas con muestras del planeta Hespérida. Deseo ver esas muestras y los resultados de las pruebas.

—Sígame.

Mike fue detrás de Jeanne Mercier y pudo admirar su cuerpo. Era realmente atractivo, las caderas sensacionales.

Ella se volvió en aquel momento y lo sorprendió mirando hacia abajo, sus pantorrillas.

—Se me olvidó preguntarle si tiene el pase, señor Sullivan.

Mike le entregó el pase que le había Armado, el doctor Dupont.

Siguieron andando y Jeanne abrió una puerta.

La estancia en que Mike se encontró tenía el techo de

cristal por el que llegaba la radiante luz solar.

Jeanne señaló una mesa en donde había muchos instrumentos y una serie de piedras, la mayor de las cuales no pesaría un kilo.

—Aquí tiene las muestras del planeta Hespérida.

Mike observó las piedras.

—Son iguales que las que se podrían encontrar en cualquier lugar de la tierra. ¿No es así, doctora Mercier?

—Exactamente iguales. Las pruebas que el doctor Servet y yo realizamos con ellas, nos dieron una seguridad absoluta. Excepto con una.

—¿Con cuál?

Jeanne señaló otra mesa. Bajo una campana de cristal se guardaba una de aquellas piedras y de ella brotaba un hongo de unos treinta centímetros.

—Muy bonito —dijo Mike observando el hongo—. Imagino que habrá crecido aquí, que, por tanto, será un hongo terrestre.

—Es lo que pensé yo en un principio. Pero el doctor Servet negó tal posibilidad. Esta campana, señor Sullivan, está totalmente incomunicada con el exterior. El aire que le llega está sometido a tres controles de filtro. Y la temperatura es siempre la misma, de veinte grados. En tales condiciones, no puede crecer como un hongo terrestre.

—Las piedras fueron traídas en un satélite artificial.

—Sí.

—¿No cabe la posibilidad de que, en el viaje, al llegar cerca de la Tierra, esta piedra sufriese los efectos de la proximidad a nuestro planeta?

—No, señor Sullivan.

—¿Por qué está tan segura?

—Por una razón muy sencilla. Las muestras fueron aisladas en su propio origen, cuando fueron tomadas desde el satélite artificial.

—Entiendo, el satélite que ustedes enviaron a Hespérida se posó allí y, manejado por los controles, desde la Tierra, fue haciendo todas las operaciones.

—Y eso incluyó el aislamiento total de las piedras que se

recogían.

—¿Cuál era la opinión del doctor Servet con respecto al hongo?

—Probaba que puede haber vida en el planeta Hespérida. Los dos últimos días antes de su muerte, el doctor Servet estaba muy excitado.

—¿Por qué?

—Por lo que estaba descubriendo.

—¿A qué se refiere concretamente?

—No me lo dijo.

—¿Era usted su ayudante y no se lo dijo?

—No, señor Sullivan. El doctor Servet sólo me sugirió que se trataba de algo sensacional. Le pregunté al respecto, pero él me contestó que quería estar seguro antes.

—¿Y cuándo iba a adquirir esa seguridad?

—Dijo que, en tres o cuatro días, daría una respuesta que asombraría al Consejo Mundial del Espacio.

—Señorita Mercier, ¿no tiene una idea aproximada de lo que el doctor Jacques Servet trataba de probar?

—Lo siento, señor Sullivan, pero el doctor Servet no quiso compartir conmigo su secreto.

—Imagino que el doctor Servet hacía apuntes.

—Sí, señor Sullivan.

—¿Estudió sus apuntes?

—De ellos no se puede sacar ninguna conclusión.

—¿Por qué?

—Usted mismo lo comprobará.

Jeanne abrió un cajón y sacó una libreta.

—Estos son los apuntes.

Mike abrió el cuaderno y vio que contenía páginas en blanco.

—¿Qué broma es ésa, señorita Mercier?

—No intento gastarle ninguna broma, señor Sullivan. Todo lo que había escrito el doctor Servet desapareció.

—¿Hizo desaparecer el doctor Servet sus propios apuntes?

—Lo ignoro.

Mike miró otra vez la campana donde estaba el hongo.

—¿Pertenece a alguna especie conocida en la Tierra?

—No, señor Sullivan.

—¿Ha hecho usted pruebas con él?

—El doctor Servet me lo había prohibido. Pero ahora me disponía a hacer las pruebas.

—Señorita Mercier, tengo que salir para Londres, pero seguiré en contacto con usted. ¿Me quiere dar su dirección particular?

Jeanne le entregó una tarjeta.

—Puede llamarme aquí hasta las nueve de la noche. Después de esa hora, a mi apartamento.

Mike se dirigió hacia la puerta y Jeanne le acompañó, amablemente.

—Señorita Mercier, ¿podemos firmar la paz?

Ella se tomó unos segundos para contestar.

—De acuerdo.

Mike le sonrió.

—Gracias.

Mike se marchó del laboratorio.

* * *

Jeanne quedó pensativa durante unos instantes.

Finalmente dio un suspiro y se dirigió hacia la mesa donde estaba la campana con aquel hongo.

De pronto tuvo la impresión de que el hongo producía una llamarada.

Se quedó atónita.

El hongo volvió a estar como antes.

Jeanne pensó que había sido obra de su imaginación.

—Buenas tardes, señorita Mercier.

Jeanne se volvió dando un grito.

Pero no había nadie junto a la puerta.

Otra vez creyó que la voz era cosa de su mente, lo mismo que la llamarada.

—Estoy con usted, señorita Mercier.

Jeanne miró a derecha e izquierda,

—¿Quién hay ahí? —preguntó alarmada.

—Yo, doctora Mercier.

—Pero ¿quién es usted? ¿Desde dónde habla?

—Soy el Poder Invisible.

La joven se llevó las manos a la cabeza.

—No, no puede ser. Estoy escuchando voces que no existen.

—Se equivoca, doctora Mercier. Está escuchando una voz que existe.

Jeanne se volvió hacia la campana donde estaba el hongo.

No, un hongo no podía hablar. Pero aquel hongo no era como los que crecían en la Tierra. Había brotado de una piedra traída del planeta Hespérida, en la Galaxia-14.

Se fue acercando lentamente a la campana.

—¿Me habla usted desde ahí?

—No.

La voz llegaba por la derecha o por la izquierda, indistintamente.

—Doctora Mercier, relájese. Usted es una científica. No es una ignorante. Está al servicio del progreso. Y yo voy a traer el progreso a su planeta.

—¿Usted?

—No conteste, doctora Mercier. Debe relajarse... Está cansada, muy cansada. Tiene sueño. Desearía dormir ahora. Yo le daré el reposo. Yo le llevaré la paz a su cuerpo. Cierre los ojos.

Jeanne notó que los párpados le pesaban mucho. Trató de luchar contra aquel deseo de dormir porque era increíble que ella sintiese sueño en aquel momento. Además, estaba de pie, y no tendida en su cama.

—No se oponga, doctora Mercier. Va a tener paz. Se encuentra ahora muy bien ¿verdad?

—Me encuentro muy bien —contestó Jeanne con los ojos cerrados, completamente inmóvil.

—Vive unos momentos maravillosos porque su mente está conmigo.

—Mi mente está con usted.

—Doctora Mercier, usted odia.

—Yo odio.

—Todo su odio está volcado en un hombre. Y él se llama Mike Sullivan.

—Mike Sullivan.

—Desearía verlo muerto,

—Deseo verlo muerto.

—Pero con su deseo no basta para que él muera. Tiene que matarlo usted, doctora Mercier. Mike Sullivan viajará a Londres, en un avión oficial. Usted también viajará, aunque lo hará en la línea regular de pasajeros. El señor Sullivan se alojará en el hotel Excelsior. Usted irá a la habitación del señor Sullivan, la número 233, que le ha sido reservada. El señor Sullivan está durmiendo, ¿lo ve, doctora Mercier?

—Lo veo. Mike Sullivan está durmiendo.

—Usted está en su habitación.

—Estoy con el señor Sullivan.

—Pero está durmiendo... Usted abre su bolso.

—Yo abro mi bolso.

—Saca una pistola y apunta a Mike Sullivan.

—Estoy apuntando a Mike Sullivan.

—¡Dispare!

—¡No!

—¡Dispare, doctora Mercier! ¡Yo se lo ordeno, el dueño de su mente!

—Sí, disparo...

—Contra el cuerpo de Sullivan.

—Contra Mike Sullivan.

—Es lo que usted hará, doctora Mercier. Se lo manda el Poder Invisible. Porque ahora usted es la esclava del Poder Invisible.

—Soy la esclava del Poder Invisible.

—Cuando usted despierte, no recordará este diálogo entre nosotros. Usted irá a Londres y matará a Mike Sullivan...

—Iré a Londres y mataré a Mike Sullivan.

CAPÍTULO VII

—¿Yo en peligro de muerte, señor Sullivan?

—Sí, doctor Manners, usted.

—Es la cosa más absurda que he oído en mi vida. Corro el mismo peligro que usted. Puedo morir en un accidente. Pero, en lo que se refiere a mí estado de salud, es completamente satisfactorio. Me sometí a un chequeo hace una semana y los resultados fueron los más óptimos.

El doctor Boris Manners tenía treinta y cinco años y era robusto, de fuerte constitución. Efectivamente, observándole, no había ninguna razón para esperar que fuese a morir. Parecía gozar de una salud de hierro, tal como acababa de probar su chequeo.

—Doctor Manners —dijo Mike—, usted sabe que han muerto dos colegas suyos. Uno en Nuevo México, Robert Müller, y otro en París, el doctor Jacques Servet.

—He sido informado de esas dos muertes. En ambas han ocurrido desgraciadas circunstancias,

—En la suya también ocurrirían. Tengo razones para suponer que las muertes del doctor Müller y la del doctor Servet fueron premeditadas.

—Oh, no, señor Sullivan. Fueron dos casos en que intervinieren los celos.

—¿No le parece extraño?

—Conociendo los antecedentes no me parece tan extraño. Además debe saber algo, señor Sullivan. Yo no estoy casado como el doctor Servet. Y tampoco tengo amores con una empleada, como el doctor Robert Müller.

—¿Se lleva bien con sus colaboradores?

—No se puede llevar uno bien al mismo nivel con todos los colaboradores... Soy humano y tengo más simpatías por unos que por otros.

—¿Y ellos?

—Imagino que a ellos les pasa lo mismo. Unos me tienen más simpatía que otros —Manners sonrió—. Pero no creo que

el que sienta más antipatía por mí esté dispuesto a matarme.

—¿De quién desconfiaría usted?

—De nadie, señor Sullivan.

—Pero si tuviese que elegir al hombre que le resulta más antipático, ¿qué nombre daría?

—Spencer Kramer. Pero no es motivo suficiente para que usted haga algo contra él. Sus suposiciones me siguen pareciendo absurdas.

—Hablemos de su trabajo relacionado con el planeta Hespérida. ¿Qué es lo que hace concretamente, doctor Manners?

—Estoy examinando las muestras que me fueron remitidas.

—¿Qué muestras son?

—Piedras.

—Quisiera verlas.

—Acompáñeme.

Fueron al laboratorio del Centro Espacial de Londres.

En una habitación, sobre una mesa, había unas piedras que Mike encontró parecidas, si no exactas, a las que había visto en París. Pero en ninguna de ellas había crecido un hongo.

—¿Cuál es el resultado de su examen hasta ahora, doctor Manners?

—Me temo que no le puedo informar.

—Debo recordarle que soy inspector de policía.

—Sí, pero yo sólo comunico mis investigaciones al representante en Londres del Consejo Mundial del Espacio.

—Señor Manners, es muy importante que yo sepa sus resultados.

—Y yo insisto en que no puedo informarle.

—Le voy a adelantar algo de lo que usted ha conseguido, doctor Manners.

—No sé a qué se refiere.

—Ha logrado saber que en el planeta Hespérida puede haber vida.

—Es posible.

—¿Qué clase de vida?

—Me niego a contestar.

—Doctor Manners, trato de protegerle a usted.

—No necesito ninguna clase de protección.

—Pone las cosas muy difíciles, doctor Manners.

—Soy un científico, señor Sullivan, y hago mi trabajo lo mejor que puedo.

Mike se despidió de Manners malhumorado.

Más tarde supo por el inspector Ernest Kish que éste había asignado a dos hombres para custodiar a Manners. Pero no le gustaba la forma en que se realizaba aquella custodia. Los dos guardaespaldas vigilaban a Manners desde lejos. Lo esperaban a la salida del laboratorio o de su casa, y lo seguían a través de las calles, hasta que llegaban a su destino. No, esa clase de vigilancia no serviría si el doctor Manners había sido elegido como víctima como el doctor Müller o el doctor Servet. Pero ¿por quién había sido designado víctima? Por el Poder Invisible. ¿Y qué era el Poder Invisible?

Aquella tarde, Mike hizo una visita al representante en Londres del Consejo Mundial del Espacio, sir Ashley Broock.

Sullivan le explicó lo que deseaba, un informe confidencial de los resultados que el doctor Manners había obtenido con las muestras del planeta Hespérida.

Sir Ashley Broock le contestó:

—Lo siento, señor Sullivan, pero no puedo hacer nada por usted.

—¿Se da cuenta de que estoy aquí para velar por la seguridad de un hombre que está bajo sus órdenes?

—Me hago cargo, señor Sullivan. Pero usted es un policía. La información sobre el planeta Hespérida es absolutamente secreta y confidencial. Con ello quiero decir que sólo puede ser conocida por los hombres, relacionados con la operación Galaxia-14. Hacerle a usted partícipe de esa información rompería normas, y son muy estrictas, señor Sullivan. Lo siento.

Mike salió del despacho de sir Ashley más furioso.

Se fue al hotel y desde su habitación llamó a su jefe, Henry Robbins, en Washington. Había hablado con Robbins desde Nuevo México y desde París, y por ello su jefe estaba al corriente de su investigación. Le explicó lo que le había pasado

en Londres con el doctor Manners y sir Ashley.

—Mike, comprendo en las circunstancias en que te encuentras, pero ¿qué quieres que haga yo?

—Puedes hacer algo.

—¿Qué cosa?

—Habla con el presidente de la República de la Confederación.

—No serviría. Los poderes del presidente están limitados por el Consejo Mundial del Espacio. ¿Todavía no te has dado cuenta que es el Consejo Mundial quien gobierna la Tierra? Esos tecnólogos han conseguido lo que deseaban desde el siglo XX: apropiarse del poder. Ellos son los dueños del Poder Invisible.

—Cuidado, Henry. No irás a suponer que el propio Consejo Mundial del Espacio ha preparado una confabulación para exterminar a los científicos más prominentes que trabajan en la operación Galaxia-14.

—No lo sé.

—¿Qué van a conseguir con eso?

—Oye, muchacho, has trabajado mucho. ¿Por qué no descansas?

—No tengo sueño.

—Tómate un par de comprimidos.

—No, gracias. No me gusta el sueño artificial.

—Te aseguro que es lo mejor cuando uno está nervioso.

—Yo estoy algo más que nervioso. Trato de llevar **a cabo una misión que me confiaste. Pero sólo encuentro obstáculos en mi camino. Estos hombres de ciencia creen que, cuando uno se les acerca, es para arrancarles sus secretos.**

—Siempre han sido así.

—Te llamaré mañana, Henry.

Mike consultó el reloj. Eran las diez de la noche.

Se desvistió y se puso el pijama.

Apagó la luz, tendióse en la cama y fumó un cigarrillo. Luego trató de dormir, pero no lo consiguió.

Entonces se levantó y se sentó a oscuras en un sillón.

Iba a encender otro cigarrillo cuando oyó un ruido en la puerta.

Se levantó con suavidad y se fue acercando a la pared.

La puerta se abrió y entró una mujer. Pero ella cerró y no pudo ver su cara.

Oyó su respiración.

Se había detenido.

Ella abrió un bolso y sacó una pistola.

Mike saltó sobre ella.

La mujer dio un grito.

Mike perdió el equilibrio al tratar de sujetarla por la muñeca.

Ella le pegó un codazo en el estómago y lo apartó lanzándolo contra la pared.

Luego se volvió con la pistola en la mano.

Mike pudo ver su cara gracias a la luz que entraba por la ventana.

¡Ella era Jeanne Mercier!

—¡Doctora Mercier!

La joven quedó un momento indecisa. Su pistola apuntaba al suelo, y la levantó.

Mike supo que iba a disparar sobre él y otra vez se lanzó sobre Jeanne Mercier.

Esta vez logró apresarla por la muñeca armada y la impulsó con él hacia el suelo.

Los dos rodaron.

Jeanne Mercier lanzó gritos.

—¡Canalla! ¡Miserable!

—¿Qué le pasa, señorita Mercier?

—¡Le tengo que matar! ¡Le voy a matar!

—Jeanne, ¿qué dice?

—¡Tengo que matarle!

Jeanne le pegó un rodillazo y otra vez consiguió alejarle.

La pistola había quedado en el suelo.

Jeanne gateó hacia el arma.

Mike corrió más que Jeanne y atrapó la pistola.

Los dos se miraron a la cara.

—¡Le odio, Sullivan!

—¿Por qué me quiere matar, Jeanne?

—¡Le odio!

—¿Por no salir de la cabina telefónica y dejar que llamase?

—¡Le mataré con mis propias manos! —dijo Jeanne, y se abalanzó sobre él.

CAPÍTULO VIII

Mike eludió las dos zarpas de Jeanne Mercier, que trataban de sujetarle por el cuello.

—¡No me gusta que me estrangulen, doctora Mercier!

—¡Le mataré! ¡Tengo que matarle!

Mike le soltó una bofetada.

Otra vez Jeanne se le echó encima y volvieron a dar vueltas en el suelo.

Jeanne se golpeó la cabeza con un sillón y perdió el conocimiento.

Mike tenía la pistola en su poder. Ya no corría ningún peligro.

Se levantó y encendió la luz.

Fue al cuarto de baño y empapó una toalla en agua.

Pasó, la toalla por el rostro de Jeanne.

La joven fue despertando poco a poco.

—¿Quién me golpeó? ¿Quién?

—Usted se golpeó sola, señorita Mercier.

Ella abrió los ojos y, tras parpadear unos instantes, miró asombrada a Mike.

—¿Qué hace usted en mi habitación, señor Sullivan?

—No es su habitación, sino la mía.

Jeanne miró a su alrededor.

—¡Una cama!

—Sí, una cama y, si yo hubiese estado en ella, como era lógico, usted me habría metido unas cuantas balas en el cuerpo.

—¿Yo?

—Sí, señorita Mercier. Usted vino aquí a matarme.

—¿Está loco? ¿Por qué iba a querer matarle yo?

—Le sugerí si era por el incidente en la cabina telefónica.

—¿Por qué hace chistes en los momentos más inoportunos?

Jeanne se levantó,

—¿Dónde estoy? Me refiero a esta habitación.

—Está usted en un hotel. ¿No lo sabe?

—Claro que no. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Señorita Mercier, nos encontramos en el hotel Excelsior, de Londres.

—¿Londres? ¡Pero yo vivo en París!

—Pero está en Londres.

—¡Yo no vine a Londres! ¡No he viajado en avión desde hace dos meses!

—Quizá la trajeron en un cohete espacial.

—¿Otra vez con sus bromas?

Mike cogió el bolso de ella y lo abrió. Sacó un billete de avión de la línea aérea Atlántica. Tras examinarlo dijo:

—Vuelo 407 París-Londres. Y corresponde al día de hoy. Expedido a nombre de Jeanne Mercier.

—¡Deme eso!

Mike le entregó el billete.

—¡Es absurdo! ¡No recuerdo nada!

—¿Tampoco se acuerda de lo que hizo al entrar aquí?

—¿Qué hice?

—Abrió el bolso, sacó una pistola y apuntó hacia la cama, donde yo debía encontrarme. Falló porque yo estaba despierto. Peleamos y le aseguro que fue la lucha entre un hombre y una tigresa.

—¡Es increíble!

—Créalo porque ha sido real. Le quité la pistola y siguió peleando. Trató de estrangularme.

—Dios mío, ¿cómo he podido hacer eso?

—Por mandato.

—¿Qué?

—Por mandato de alguien.

—No diga tonterías. Nadie me ordenó que lo matase a usted.

—Retroceda a su laboratorio, donde tiene esas muestras del planeta Hespérida. Yo la dejé allí. ¿O tampoco se acuerda de mi visita?

—Claro que me acuerdo de su visita.

—¿Qué pasó después? Haga un esfuerzo de memoria.

—¡No pasó absolutamente nada!

—¿Por qué vino a Londres?

—No lo sé. Ni siquiera me acuerdo de que viajase en avión.

Mike se dirigió al teléfono.

—¿Qué va a hacer, señor Sullivan?

—Llamar a la línea aérea Atlántica.

Justamente, se encontraba en la oficina del aeropuerto la azafata del vuelo que Jeanne había realizado desde París a Londres. Se llamaba Sheyla Adams.

—Señorita Adams, quiere preguntarle acerca de una pasajera que voló con usted esta tarde, la doctora Jeanne Mercier.

—Oh, sí, la recuerdo.

—¿Por qué la recuerda?

—Porque es una mujer muy simpática.

—¿Habló con usted?

—Desde luego, habló conmigo.

—¿No la encontró usted extraña?

—De ninguna manera. Todo lo contrario. Me pareció una mujer deliciosa. Y también lo fue con sus compañeros de viaje, especialmente con el hombre que se sentaba junto a ella.

—¿Quién era?

—Un industrial.

—¿Lo conoce usted?

—Sí, es el señor Silver. Ha hecho muchos viajes con nosotros. El señor Silver y la señorita Mercier estuvieron hablando durante el viaje, y el señor Silver dijo al llegar que la doctora Jeanne Mercier era encantadora.

—Gracias.

Mike colgó y miró a Jeanne.

—Ha sido la pasajera más encantadora y deliciosa del vuelo 407 de esta tarde.

—¡Y yo no recuerdo nada!

—¿Está dispuesta a admitir que obraba por mandato...?

—¿Quiere sugerir que fui hipnotizada?

—Sólo puedo decir una cosa: Alguien anuló su voluntad. Y la anuló hasta el punto de adueñarse de su mente. De ordenarle que cometiese un crimen. Y todavía más. Esa persona consiguió lo más difícil, que usted procediese espontáneamente y que, sin embargo, lo olvidase todo.

—No lo puedo creer.

—Deme entonces una justificación para su conducta. ¿Por qué voló desde París a Londres? ¿Por qué entró en mi habitación y sacó una pistola para disparar contra mí?

Ella se quedó sin habla.

Mike la cogió por los brazos y la acercó hacia sí.

—Jeanne, me temo que nos tenemos que enfrentar con el poder más terrible que ha existido sobre la Tierra. La energía termonuclear es un juego de niños comparada con ese poder.

—¿Habla usted de un Poder… Invisible?

—Es como él mismo se califica.

—¿Va a aceptar usted lo que dijeren las otras…?

—Puede decirlo. Las otras personas que ese poder utilizó para matar al doctor Müller y al doctor Servet. Tengo la impresión de que en Londres se va a producir otro hecho parecido a los que ya ocurrieron en el Centro Espacial de Nuevo México y en el de París. Hay un hombre que ha investigado también las muestras del planeta Hespérida.

—Se refiere al doctor Manners.

—Sí, Jeanne. Y como su jefe, el doctor Manners ha descubierto en Hespérida la posibilidad de que exista vida. Pero no ha querido decir nada. Y he llegado a la conclusión de que el hombre que hace los descubrimientos es marcado por el Poder Invisible para hacerlo desaparecer, valiéndose de otra persona.

—Pero usted no es un científico.

—No, sólo un policía que está logrando llegar a unas conclusiones.

—¡Todo eso que dice es demasiado fantástico!

—Quédese aquí.

—¿Y pasar la noche con usted? Oh, no, de ninguna manera.

Jeanne se desasió.

—Ahora entiendo, señor Sullivan.

—¿Qué es lo que entiende?

—Sólo trata de seducirme.

—¿Seducirla yo a usted?

—Eso he dicho, señor Sullivan. Se está comportando conmigo como si yo fuese la pobrecita huérfana protagonista de un folletín, y que necesita que un hombre la ampare.

—Señorita Mercier, si yo tratase de seducirla, emplearía otros métodos.

—¿Cuáles?

—Empezaría per éste.

Mike tiró de ella y la besó en la boca.

Jeanne soltó gruñidos, pero él la siguió abrazando y besando en los labios.

Finalmente, cuando Mike se apartó de Jeanne, ésta exclamó asombrada:

—Señor Sullivan, tiene usted unos métodos de seducir que son muy primitivos.

—Es posible que lo sean. Pero, desde hace millones de años, es el que rinde más beneficios. Y también es el camino más corto para que un hombre y una mujer se comprendan.

—¡Es asombroso que usted diga eso! ¡Un hombre educado, un hombre que cree tener una mente privilegiada! ¡Y ahora resulta que se comporta como lo haría un gorila!

—Señorita Mercier, sólo trato de conseguir que se quede aquí.

—Ah, no, eso sí que no. Usted seguiría haciendo el mono. ¡Y sabe el cielo hasta dónde llegaría!

—No quiero que el Poder Invisible vuelva a jugármela.

—Me alojaré en este hotel.

—En esta habitación.

—¡Ni hablar! ¡Me iré a otra!

Jeanne salió pegando un portazo.

Fue al registro, donde había un hombre de unos cuarenta y cinco años.

—Soy Jeanne Mercier y quiero inscribirme.

—Perdone, señorita Mercier. Pero ya está inscrita.

—¿Que yo estoy inscrita?

—¿No lo recuerda? Vino aquí hace un rato y pidió la habitación contigua a la del señor Sullivan. Casualmente, teníamos libre la 234 y se la dimos.

Jeanne sintió un escalofrío en la espina dorsal.

Recordó las palabras de Mike Sullivan: «Alguien anuló su voluntad. Y la anuló hasta el punto de adueñarse de su mente. Le ordenaron que cometiese un crimen. Esa persona consiguió lo más difícil, que usted procediese espontáneamente y que, sin embargo, lo olvidase todo.»

—Perdone —dijo Jeanne.

Subió otra vez en el ascensor y, ya en el corredor, abrió el bolso y vio las llaves de la habitación 234. Entró en ésta.

Su maleta estaba a los pies de la cama. Y eso quería decir que ella había entrado allí con anterioridad.

Encendió un cigarrillo y paseó nerviosa de un lado a otro.

De vez en cuando se detenía y miraba el muro que lo separaba de la habitación de Mike.

Había empezado a tener miedo. Pero sólo tenía que abrir aquella puerta, pasar a la habitación de Mike Sullivan y decirle: «Mike, tiene razón. Quiero que acoja a la pobre huerfanita por una noche.»

Oh, no. No haría tal cosa. No sería decente.

Se desvistió y decidió tomar una ducha.

El agua le caía por la piel y le resbalaba. Era una buena idea aquella de la ducha.

De repente, oyó algo más allá de las cortinas de plástico.

—¿Quién hay ahí? —preguntó con voz temblorosa.

No vio nada. Pero siguió bajo la extraña impresión de que en el cuarto de baño ya no se encontraba sola.

—Buenas noches, señorita Mercier —dijo una voz.

CAPÍTULO IX

Jeanne fue a lanzar un grito, pero sus cuerdas vocales estaban paralizadas.

Allí se encontraba ella, desnuda, recibiendo el agua en su cuerpo.

—¿Cómo se ha atrevido a entrar? —preguntó mientras trataba de descubrir a alguien a través de las cortinas de plástico.

—Ya me conoce, señorita Mercier.

—¿Conocerle yo a usted?

—Soy el Poder Invisible.

—¡No...! ¡No puede ser!

—Tranquilícese, señorita Mercier. Debe relajarse. Yo voy a llevar la paz a su cansado cuerpo.

Jeanne, de buena gana, hubiese dicho que ella no tenía ningún cansancio, sobre todo después de recibir el agua fría sobre su piel. Pero decidió seguirle el juego al extraño ser que se encontraba en la habitación y al que no podía ver.

—Sí, estoy muy cansada —dijo.

Apartó las cortinas y cogió el albornoz.

Al mismo tiempo, observó él cuarto de baño de un lado a otro, sin ver a nadie. Pero eso va lo esperaba.

Se puso el albornoz y oyó otra vez la voz.

—Está muy cansada.

—Estoy muy cansada —repitió ella.

Mientras tanto, su mente estaba haciendo un gran esfuerzo: «No, Jeanne, esta vez él no se puede apoderar de tu voluntad. No hagas caso de nada de lo que te diga. Tienes que ser una chica valiente. Nada de pobre huerfanita. Eso es lo que él cree. Sí, Jeanne, ya hiciste la pobre huerfanita una vez para ese extraño ser de... ¿De dónde, Jeanne? ¿De Hespérida?»

Salió del baño y caminó hacia el dormitorio.

Esperó oír de un modo u otro que la voz le ordenara

que se detuviese,

Pero eso no ocurrió.

Entró en la alcoba y oyó de nuevo la voz:

—Jeanne, usted ahora va a relajarse.

—Ya estoy relajada.

Pero era falso. No, no estaba relajada. No podía consentir que aquel ser se apoderase de su voluntad. Ya sabía lo que le ordenaría. Que entrase en la habitación de al lado y matase a Mike Sullivan.

—Jeanne, usted ha hecho un viaje en avión. Usted está agotada, Jeanne, pero ahora va a encontrar el descanso que necesita.

—Quiero dormir.

—Magnífico, Jeanne. Va a dormir. Cierre los ojos.

Jeanne cerró los ojos.

—Tiene que dormir —dijo la voz.

—Tengo que dormir —repitió Jeanne.

«Cuidado, muchacha. No te sugestiones. Tienes que mantenerte bien despierta. Eso es. Estás aquí de pie y no estás dormida. Recuérdalo, Jeanne. Recuérdalo. No puedes dormir. No puedes.»

—Jeanne, ¿está dormida?

—Sí, estoy dormida.

—Ha fallado al Poder Invisible, ¿lo reconoce?

—He fallado al Poder Invisible.

—No mató a Mike Sullivan.

—No lo maté.

—¿Y por qué no?

—El me lo impidió.

—¿Cómo pudo impedirlo?

—Mike Sullivan no estaba dormido. Estaba despierto. Yo entré en la habitación y saqué la pistola. De pronto, Mike Sullivan me atacó por la espalda.

—Ese hombre es peligroso. No puedo consentir que siga adelante. Y usted ha fallado. Le voy a confiar otro trabajo. Usted hará otra cosa, ¿me oye? Usted hará otra cosa.

—Yo haré otra cosa.

—Va a acercarse a la ventana. La abrirá.

—Me acercaré a la ventana y la abriré.

—Y luego se arrojará per ella.

Jeanne estuvo a punto de echarlo a perder con un grito, al oír su sentencia de muerte.

—¿Me ha oído, Jeanne? Abrirá la ventana y se arrojará por ella.

—Abriré la ventana y me arrojaré por ella.

Y la joven se dijo: «Cuidado, Jeanne. Te estás durmiendo, y no puedes dormirte. Porque empalmarás tu sueño con el infinito, con el de la noche más larga porque no tiene fin.»

—Se lo ordeno, Jeanne, camine.

Jeanne echó a andar.

No quería abrir los ojos, pero sabía dónde estaban situadas la ventana y la puerta.

Se movió hacia la ventana. Pero, en un momento determinado, se dirigió hacía la puerta.

—Deténgase, Jeanne.

Pero Jeanne no le hizo caso. Abrió la puerta y salió de la habitación gritando:

—¡Mike…! ¡Mike!

Sullivan no salió de su alcoba y tuvo que ser ella quien entrase.

—¡Mike! —gritó de nuevo.

Mike saltó de la cama.

—¡No dispares, Jeanne!

—¡No puedo disparar! ¡No tengo ninguna pistola!

Jeanne se echó en los brazos de él.

—Estás helada, Jeanne,

—¡Si te hubiese pasado lo que a mí, estarías como un témpano!

—¿Qué fue?

—¡La voz!

—Entiendo, estabas soñando.

—¡No, Mike! ¡Fue él otra vez!

—¿El?

—¡El Poder Invisible! ¡Apareció!

—¿Apareció?

—¡Quiero decir que oí su voz mientras me duchaba!

—Caramba, ese Poder Invisible es bastante pícaro.

—¡Mike, no te burles! ¡Te aseguro que es cierto! ¡Te lo contaré todo!

—Espera un momento.

—¿Adónde vas?

—A tu habitación. Pero tú te quedas.

—¡Oh, no! ¡No me dejarás sola!

—Está bien. Ven conmigo.

—¿A esa habitación? ¡Mike, querrá apoderarse de la voluntad de los dos!

Mike agarró a Jeanne por un brazo y la impulsó hacia afuera. Entraron en la habitación vecina con mucha precaución.

—¿Quién hay aquí? —dijo Mike.

Nadie le respondió.

—Ya se fue —dijo Jeanne—. Se hizo humo.

—Inténtalo tú, Jeanne. Dile que tengo algo importante que decirle,

—Oiga, Poder Invisible, este es Mike Sullivan. El hombre que usted quería que yo matase. Él quiere hablar con usted. Conteste.

Tampoco obtuvieron respuesta.

—Inténtelo de nuevo, Jeanne.

—¿Crees que servirá? Oiga, Poder Invisible.

La puerta había quedado abierta y un hombre que estaba borracho y que llevaba una botella de champaña en la mano se detuvo.

Observó a Mike y a Jeanne que estaban de pie, Y se quedó asombrado al oír a ella.

—Oiga, Poder Invisible —seguía diciendo Jeanne—, Mike Sullivan quiere llegar a un acuerdo con usted. Creo que los tres podemos ser amigos.

El borracho dejó la botella en el suelo y se puso a

aplaudir.

—Oigan.

Mike y Jeanne se volvieron y el hombre ebrio, que tenía unos cuarenta y cinco años, con el bigote recortado, dijo:

—Demonios, con lo bien que está usted, aquí me tiene. Yo soy el Poder Invisible. ¿Por dónde empezamos?

—Lárguese —rezongó Mike.

—Oigan, ¿no pedían a otro? Aquí me tienen a mí. Soy un tipo tan estupendo que me llaman el *Estupendo* Jimmy. ¿Y sabe por qué? Porque soy amigo de todos mis amigos. Y ustedes son muy simpáticos,

—Sobre todo ella, ¿eh? —dijo Mike.

—Pues sí —admitió el borracho mirando a Jeanne que estaba con el corto albornoz, y se relamió los labios—. Yo primero.

Mike lo cogió por las solapas.

—Usted se va a ir a su habitación. ¿O quiere que le acompañe y le acueste de un puñetazo?

—No se ponga así. Me iré. Pero deme mi biberón.

Mike cogió la botella de champaña que el borracho había dejado en el suelo.

—Aquí tiene, *Estupendo* Jimmy.

El borracho se marchó por el corredor dando traspiés y rezongando:

—Eso es para que te fíes de los amigos, *Estupendo* Jimmy.

Jeanne estaba riendo.

—Vaya, resultó divertido.

—Sobre todo para el Poder Invisible.

Ella se quedó muy seria.

—¿Por qué no me recordaste lo otro, Mike?

—Dormirás en mi habitación.

—Vuélvete de espaldas.

—¿Para qué?

—Sólo tengo el albornoz encima y necesito ponerme un poco de ropa.

—Está bien.

Mike se dirigió hacia la puerta.

—¡No salgas, Mike!

—No pensaba salir. Sólo iba a cerrar para el *Estupendo* Jimmy.

Mike cerró la puerta y quedó de espaldas.

Al cabo de un rato, Jeanne dijo:

—Ya estoy lista.

Mike la vio con una bata.

Abandonaron aquella habitación y fueron a la de él.

Encendieron ambos un cigarrillo.

—Cuéntamelo todo, Jeanne,

La joven le repitió su diálogo con aquel extraño ser que se hacía llamar el Poder Invisible.

Cuando hubo terminado, Jeanne preguntó:

—¿Con qué armas vas a luchar contra ese extraño ser, Mike?

—No lo sé.

—Te considero un hombre peligroso.

—Soy peligroso porque tengo que impedir que el doctor Manners muera, y hacerle cantar lo que descubrió.

CAPÍTULO X

Spencer Kramer tenía treinta y cinco años. Estaba hablando por teléfono.

—Marion, ¿por qué no has venido esta tarde?

—No pude.

—Me dijiste que estabas libre.

—Pero no le estuve a última hora.

—¿Por culpa de quién?

—El doctor Manners.

Una vena se hinchó en la sien de Spencer Kramer.

—¿Por qué te entretuvo el doctor Manners?

—Tenía que dictarme un trabajo.

—El doctor Manners sabe que tu trabajo termina a las seis.

—Pero me pidió el favor de que fuese a su casa. Por cierto, es maravillosa. Con una gran piscina y un jardín precioso.

—Es el maldito lugar que el doctor tiene para hacer el amor a las chicas estupendas que caen en sus garras.

—¿Cómo puedes hablar así del doctor Manners?

—Porque lo sé.

—¡No tienes derecho a decir eso!

—¿Qué hizo contigo, Marion?

—Dictarme un trabajo.

—¿Y antes?

—Antes nos bañamos en la piscina.

—Conque tuviste una dura jornada de trabajo —ironizó Spencer.

—El doctor Manners es un caballero. Soy su secretaria y me respeta.

—Entonces, ¿no hay nada entre tú y él?

—Absolutamente nada. Puedes dormir tranquilo.

—Perdóname, Marion.

—No te preocupes. Ya estás perdonado. Nos veremos mañana.

—¿Almorzaremos juntos mañana?

—De acuerdo, Spencer.

—Que pases una buena noche, Marion.

Spencer Kramer colgó el teléfono.

Odiaba al doctor Manners. En varias ocasiones Manners había impedido que él hiciese su trabajo con la libertad que necesitaba. Le había dicho al doctor Manners que quería hacer unas pruebas con las muestras llegadas de Hespérida. Y Manners le contestó: «No, Spencer, usted no va a tocar esas muestras. Se lo prohíbo terminantemente.»

Y otro día Manners lo sorprendió examinando las pruebas, y su jefe se puso furioso y empezó a gritarle y lo hizo salir del laboratorio como si estuviese reprendiendo a un niño.

Y ahora, para colmo, Manners se permitía invitar a Marion a su casa, la de la gran piscina y el hermoso jardín.

Marion le acababa de decir que no había pasado nada entre ella y el doctor Manners, y Marion tenía que haberle dicho la verdad. Era una mujer hermosa, atractiva…

¿Sería verdad que el doctor Manners había llevado a Marion a su casa únicamente para dictarle un trabajo?

Debía estar tranquilo. Marion no le había engañado. Quería a Marion y se iba a casar con ella.

Se dispuso a acostarse y de pronto oyó una voz:

—Hola, Spencer.

Spencer se volvió, pero no vio a nadie junto a la puerta.

Por un momento había creído que era su compañero Peter Ferrer. Trabajaban juntos en el Compulsor Atómico y estaban haciendo unos recuentos de átomos para el doctor Manners. Unos recuentos de átomos de ciertas muestras microscópicas encontradas en las piedras llegadas de Hespérida. Aquel trabajo no tenía ningún sentido. Para llegar a una conclusión tenían que haber sabido lo que sabía el doctor Manners sobre las piedras de la Galaxia-14.

No, había sido una ilusión de su mente. Allí no estaba

Peter Ferrer.

Sería mejor que se acostase. Su sistema nervioso estaba alterado porque Marion había faltado a su cita para reunirse con el doctor Manners.

—No soy Peter Ferrer —dijo la voz.

Spencer agrandó los ojos.

—¿Quién hay ahí?

—Soy un ser que lo sabe todo. Y por eso puedo saber lo que hay en tu mente. Te dije que no soy Peter Ferrer porque tú habías creído que yo era tu amigo.

—No entiendo.

—Soy el Poder Invisible.

—¿Qué ha dicho?

Spencer se pasó una mano por el cabello.

—Bebí demasiado whisky.

—No es el whisky, Spencer. No estás borracho. Te has pasado varias horas fumando cigarrillos, y sólo bebiste tres vasos de whisky. Y tú necesitas lo menos otros tres para sentirte un poco embriagado.

—¿Cómo sabe eso?

—Te he dicho que yo lo sé todo. Y te voy a hacer otra demostración.

—¿A qué se refiere?

—A Marion, ¡a mujer que tú quieres. ¿No es cierto?

—Sí, la quiero.

—No será para ti.

—¡No digas eso, maldito!

—Ella prefiere al doctor Manners.

—¡No!

—Ella prefiere al doctor Manners —repitió aquella voz.

—Oiga, quienquiera que sea usted, no sabe lo que dice. ¡No lo sabe…! ¡Todo esto es una condenada burla! ¡Salga de donde está! ¡Salga! Peter, ¿eres tú? ¡Tienes que ser tú!

—Te voy a dar otra prueba para que te convenzas, Spencer. Mira el televisor.

Spencer miró la pantalla del televisor. Estaba apagada.

—No está en marcha, ¿verdad, Spencer? Contesta.

—No, no está en marcha.

—Pues yo voy a hacer que se ponga en marcha.

—No me interesa ver la televisión ahora. ¿Qué demostraría con eso?

—El televisor tiene treinta canales. La mayoría de ellos están en funcionamiento. En cuatro de ellos están pasando películas antiguas o modernas. En seis de ellos están dando noticias del mundo.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Yo voy a ofrecer una película que sólo verás tú.

—¿Una película que sólo veré yo?

—Sí, Spencer, es una película muy personal.

—No sé de qué me habla.

—Vas a ver la película de lo que esta tarde pasó en una casa de las afueras de Londres.

—¿Qué?

—Lo vas a ver en seguida.

—¡No me interesa!

—Te va a interesar.

En la pantalla apareció una imagen.

Spencer quedó asombrado. Había estado una vez en la casa del doctor Manners cuando la inauguró. ¡En la pantalla estaba aquella casa!

Se oyeron risas.

—¿Sabes quién se ríe? —dijo la voz.

Lo sabía. ¡Era la risa de Marion!

La cámara que tomaba la película fue girando hacia la izquierda hasta que enfocó la piscina.

Allí estaba nadando Marion con el doctor Manners.

—¡No puede ser! ¡Es imposible! —exclamó Spencer.

—¿Qué es imposible? —le contestó la voz.

—¡El televisor está conectado!

—Te he dicho antes que no lo está.

—¡Nadie pude tomar esa película!

—Yo la he reproducido para ti.

—¿Reproducido?

—Sí, Spencer. Yo soy el Poder Invisible. Y estoy en

todas partes. Y por tanto, puedo estar en la casa del doctor Manners.

—Usted es un periodista. ¡Sí, eso es! Un periodista que va en busca de la noticia sensacional. Y el doctor Manners es una personalidad científica importante. Y usted quiso saber qué hacía él en sus momentos de ocio. Es usted un repugnante mirón.

—Te invito a que hagas una cosa. Acércate al televisor y asegúrate de que no está conectado. ¿Qué esperas?

Spencer echó a andar hacia el televisor y sintió un escalofrío al ver que el aparato no estaba conectado en la corriente. ¡El televisor estaba marchando solo!

Vio la imagen.

El doctor Manners estaba nadando tras de Marion.

Marion fue a subir por la escalerilla. Pero Manners la cogió por un tobillo y la hizo caer.

Marion dio un grito y se echó a reír.

Entonces Boris Manners la besó en el cuello.

Spencer va no dijo nada. Se quedó inmóvil observando aquella película.

Marion subió la escalera sin dejar de reír y Manners lo hizo a continuación.

Marion se tendió en la hierba. Llevaba un bañador de dos piezas y estaba muy hermosa. Pero eso ya lo sabía Spencer. Y ahora el maldito doctor Manners se tendió junto a ella. Y le tomó la mano.

Marion volvió la cabeza hacia Manners y los dos se miraron a los ojos.

Y de pronto el doctor Manners la volvió a besar, y ahora lo hizo en la boca.

La imagen desapareció, oscureciendo la pantalla.

—¡Quiero ver más! ¡Siga! —gritó Spencer.

—Ya viste bastante.

—¡Quiero saber la continuación!

—No, Spencer.

—Pero Marion dijo…

—¿Qué te dijo Marion?

—Que no había pasado nada.

—Te engañó.

—Usted… No sé quién es. Tiene un gran poder. Lo admito. Yo también soy un hombre de ciencia. Ha logrado hacerme ver lo que nunca existió. No ha habido tal película. Usted me ha sugestionado y me ha hecho ver unas imágenes que nunca tuvieron realidad. ¡Lárguese! ¡Déjeme en paz!

—¿No me crees?

—No.

—Cuenta hasta cinco.

—¿Para qué?

—Cuenta hasta cinco y recibirás una llamada de Marion para decirte algo importante.

—¡Mentira! ¡Me quiere sugestionar otra vez!

De pronto el teléfono empezó a sonar.

—Ya pasaron los cinco segundos —dijo la voz.

Spencer seguía inmóvil mientras el teléfono seguía sonando.

—¿Qué haces, Spencer? ¿Por qué no descuelgas?

Spencer se dirigió vacilante hacia la mesilla de noche y cogió el auricular.

—¿Quién es?

—Soy yo, Marion. ¿Estabas durmiendo, Spencer?

Habría lanzado una carcajada. ¿El durmiendo? Tenía una visita importante Muy importante. Un ser al que no podía ver, y que se llamaba a sí mismo el Poder Invisible.

—¿Qué quieres, Marion?

—Hablarte de mí y del doctor Manners.

Spencer se quedó rígido.

—¿Tú y el doctor Manners?

—Sí, Spencer. No sé lo que me ha ocurrido, pero…

—Continúa, Marion.

—He preferido ser sincera contigo, Spencer.

—Me parece muy bien. Hemos sido siempre sinceros el uno con el otro.

—No te quiero, Spencer.

—¡Marion!

—No, no te quiero. Es la verdad. Y preferí que lo supieses.

—Marion, ayer mismo estuvimos cenando. Y cuando bailamos juntos, me dijiste que yo era para ti el mejor hombre del mundo.

—Lo siento, Spencer... Estoy enamorada del doctor Manners.

—¡No, Marion! ¡Eso no puede ser!

—Lo siento, Spencer,

—¿Qué pasó entre tú y él?

—Adiós, Spencer.

—¡Te he preguntado qué pasó entre tú y él!

—Por favor, Spencer. No hagas preguntas que no puedo contestar. Ocurrió algo muy extraño. Eso es todo. Quise luchar contra mis propios deseos, pero fue imposible. Por eso decidí llamarte. No habría sido honesto continuar silenciándolo. Pero tú eres un buen hombre, Spencer. Y encontrarás a otra mujer. La que tú mereces. Adiós, Spencer.

—¡Espera, Marion!

Ella ya había colgado.

Empezó a golpear la horquilla.

—Marion ya no te llamará —dijo la extraña voz.

Se volvió con el auricular todavía en la mano.

—¿Quién maldito es usted? ¿Quién?

—Te han engañado los dos. Se han reído de ti. El doctor Manners te quitó a la mujer que amabas. Y para él Marion sólo será un juguete.

—¡Cállate!

—Mañana el doctor Manners no piensa ir a trabajar. Invitará a Marion a su casa. Y otra vez estarán a solas.

—¡No!

—Pero tú lo puedes impedir. Sí, puedes evitar que Marion sea el juguete del doctor Manners... Es de noche, Spencer. Tú sabes dónde está la casa del doctor Manners. Y también sabes dónde está su dormitorio. Sólo tienes que ir

allí y ajustarle las cuentas al doctor

Manners. Será sencillo, Spencer. Muy sencillo. Y cuando ya no exista el doctor Manners, Marion volverá a ti. Marion será para ti la mujer con la que soñaste. No la puedes perder. El doctor Manners está durmiendo en su casa y tú puedes acabar con él… Acabar con él. Spencer… Acabar con él…

CAPÍTULO XI

El doctor Boris Manners estaba leyendo una obra, tendido en la cama, cuando sonó el teléfono.

—¿Quién es?

—Soy Marion, Boris.

—Buenas noches, Marion…

—Quería decirle algo.

—La escucho, Marion.

—Pasé una tarde maravillosa a su lado.

—Yo también la pasé.

—Bueno, estaba pensando en usted.

—¿Ha pasado a limpio el dictado?

—No, todavía no.

—No se preocupe. Es muy tarde. Deje el trabajo para mañana.

—Doctor Manners… Sólo le he llamado para decirle que le quiero.

—Marion, no la comprendo.

—Estoy enamorada de usted.

—Oh, no, Marion. Usted no está enamorada de mí. Es sólo una chiquilla.

—Tengo veintidós años.

—Marion, yo no me comprometo nunca con las mujeres.

—Conozco su fama, doctor Manners.

—Sé lo que dicen de mí. Que soy un cínico para el amor. Pero yo no lo llamaría así. Soy simplemente un hombre que quiere conservar su libertad… Marion, yo la besé esta tarde. Pero pensé que usted también lo deseaba. Pasamos un buen rato como habíamos convenido. Y nada más.

—Para mí fue muy importante.

—Mire, Marion, somos científicos, y el amor es un asunto en el que únicamente juegan las glándulas…

—Oh, no, doctor Manners. No debe decir eso. Es algo

más.

—No, Marion. No hay nada más.

—Le llevo a usted metido en la sangre.

—Marion, ¿quiere que me burle de usted?

—No.

—Entonces, deje de decir tonterías. Nadie lleva a otra persona en la sangre. Es el cerebro el que nos juega esa mala pasada…

—Boris, yo no le voy a exigir nada. Comprendo su punto de vista… Pero le aseguro que le quiero… Yo… ya no puedo vivir sin usted.

Boris se echó a reír.

—Marion, ha leído demasiadas novelas románticas. Escuche, la he impresionado. Era la primera vez que venía a mi casa. Nos divertimos y hubo algunos besos entre nosotros. Usted ha sublimado todo eso.

—Voy a ir a su casa.

—Vendrá mañana por la tarde.

—Quiero ir ahora.

—Es de noche.

—No me importa la hora que sea.

Marion colgó.

El doctor Manners quedóse mirando al teléfono.

Complicaciones. Sí, aquella chica le iba a traer complicaciones. Y él no las quería, sobre todo con las mujeres. Nunca las había tenido y tampoco las tendría ahora.

Saltó de la cama y se puso el batín.

Fumó un cigarrillo en el vestíbulo y, cuando oyó llegar un coche, salió al jardín.

Era ella, Marion, que conducía su bólido.

La joven saltó del vehículo. Se cubría con unos *shorts* y una blusa. Estaba seductora.

Boris la esperó al borde de la piscina.

Marion llegó ante él y no dijo nada.

Boris dio una chupada al cigarrillo y después de expulsar el humo dijo:

—Ha cometido una tontería, Marion.
—No me importa.
Marion dio un paso hacia él. Le quitó el cigarrillo de los labios y lo dejó caer en el suelo. Luego se puso ella de puntillas y lo besó en la boca.
Boris no hizo nada por abrazar a Marion.
La joven se apartó y dijo:
—Boris, te he dicho que no te iba a exigir nada.
—Va a ocurrir algo mejor para los dos. No vamos a empezar nada.
—¿Es que me rechazas?
—Sí, eso voy a hacer. Rechazarte.
—¿Por qué?
—Siempre me he apartado de las mujeres apasionadas y tú eres una de ellas. Mañana mismo pediré tu traslado.
—¡Oh, no, Boris, no harás eso!
—No te preocupes. Irás a un buen sitio. A París
—¡No quiero ir a París! ¡Quiero estar aquí contigo, en Londres!
Marion se echó en sus brazos y lo volvió a besar en la boca.
De repente se oyó una voz:
—¡Era verdad, canalla!
Marion se apartó de Boris.
Los dos hicieron un gesto de asombro viendo a Spencer Kramer al otro lado de la piscina con una pistola en la diestra.
—¿Qué haces aquí, Spencer? —preguntó Marion.
—Vine siguiéndote.
—¿Cómo has hecho una cosa tan baja?
—Alguien me advirtió que me engañabas.
Boris intervino:
—Señor Kramer, guarde esa pistola.
—Conque el señor Manners empieza a dar órdenes —sonrió Spencer—. El jefe quiere imponer su autoridad a uno de sus esclavos.
—Está muy excitado, Spencer. No sabe lo que dice.

—Pero usted lo sabe muy bien, ¿verdad? Trajo aquí a Marion para enamorarla.

—No, Spencer. La traje porque tenía que dictarle un trabajo.

—¡Ya veo el trabajo que están haciendo!

—No es lo que usted se imagina, Spencer.

—¿No, doctor Manners? ¿No se estaban besando?

—No.

—¿Cree que estoy ciego?

—Marion me estaba besando a mí.

—¿Y esta tarde? ¿Quién besaba a quién?

Boris miró a Marion.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Únicamente que me había enamorado de ti.

Boris dio unos pasos hacia la mesa que había debajo de una sombrilla.

—¡No se mueva, doctor Manners! —le amenazó Spencer.

—Sólo iba a coger un cigarrillo.

—Ya ha fumado bastante.

—Quería ofrecerle uno a usted.

—Y luego me ofrecerá un vaso de whisky.

—Sí, Spencer. Es mejor que discutamos esto como personas civilizadas.

—¡No se saldrá con la suya, Manners! ¡Marion no será suya!

—¡Spencer! —gritó Marion—. ¡No hagas algo de lo que te puedas arrepentir!

—¡No me voy a arrepentir de haber matado a Boris Manners!

—¡No! ¡No lo matarás!

—Nada ni nadie lo impedirá.

Boris habló de nuevo:

—Spencer, yo estaba tratando de conseguir que Marion comprendiese…

—¿Ella tenía que comprender que se debía entregar a usted?

—No, Spencer, todo lo contrario. Quería convencerla para que admitiese su traslado a París.

—Maravilloso, Manners. Logró a Marion esta tarde. Fue un juguete para usted y ahora se quiere desembarazar de ella.

Había usado casi las mismas palabras que aquel extraño ser. Sí, Marion había sido un juguete para Manners.

—Hay una equivocación en lo que dice, Spencer —le contestó Boris—. Es cierto que Marion y yo estuvimos juntos esta tarde. Pero entre ella y yo sólo hubo unos besos.

—Eso ya lo vi en la película.

—¿Qué película? —preguntó Manners con las cejas enarcadas.

—La que pasaron para mí en la televisión.

Marion parpadeó, confusa.

—¿De qué estás hablando, Spencer?

—Tú no lo entiendes, y por la cara que pone el doctor Manners, tampoco él lo entiende. Pero eso no importa. Os vi a los dos en la televisión. Soy un tipo importante. Hubo un canal que se preocupó de pasar lo que ocurrió aquí esta tarde. Y yo fui el único espectador.

—Spencer, se encuentra mal —dijo Boris Manners.

—¿De veras?

—Yo le acompañaré a su casa.

—¿Y qué otra cosa hará, doctor Manners? ¿Me meterá en la cama y me arropará para que no me resfríe?

—Le daré un sedante. Es lo que necesita.

Boris se fue a dirigir hacia la casa.

—Si da un paso más, lo mato antes de tiempo, Manners. Y yo no quisiera matarlo porque me gusta esta charla. Sí, me gusta mucho.

Manners sé detuvo nuevamente.

—Muy bien. Si quiere charlar, venga aquí.

—Con usted ya terminé. Ahora le toca a Marion.

La joven seguía tan fría como el hielo. El miedo se iba

apoderando de ella, miedo a que Spencer matase al hombre que amaba, y ese amor lo había descubierto aquel mismo día, después de marcharse de la casa del doctor Manners, porque cuando se encontró en su apartamento se percató de que quería al doctor Manners más que a cualquier otra cosa. Tenía que salvarle la vida. No, Spencer no lo podía matar.

—Spencer, te lo suplico. Sé comprensivo.

—Yo soy todo lo comprensivo que debo ser. ¿Amas al doctor Manners?

—Sí.

—Pues lo vas a ver muerto ahora mismo.

Spencer levantó la mano con la que empuñaba la pistola. Apuntó a Boris Manners y arqueó el dedo en el gatillo.

CAPÍTULO XII

Un hombre apareció por detrás de Spencer y cayó sobre él en el momento en que disparaba.

La bala se hundió en el agua de la piscina.

Marion lanzó un chillido.

Spencer y el hombre que había caído sobre él rodaron por la hierba.

Spencer, sorprendido, trató de levantar la pistola para usarla centra su atacante, pero éste le pegó un puñetazo entre los dos ojos privándole del conocimiento.

Boris Manners vio al hombre que había tumbado a Spencer y exclamó:

—¡Señor Sullivan!

Mike se apoderó de la pistola y se levantó dando un resoplido.

—Le salvé por poco, doctor.

—Gracias.

—¿Está ahora de acuerdo con lo que le dije?

—No.

—Doctor Manners, han ocurrido las cosas exactamente como yo había previsto.

—Es una simple coincidencia.

—¿Llama simple coincidencia a que este hombre se haya presentado aquí con una pistola para matarle?

—Tenía sus razones.

—Conozco las razones de Spencer. Los celos. Como en los dos casos anteriores.

—¿Se está refiriendo a la muerte del doctor Müller y del doctor Servet?

—Sí, doctor Manners. Y otra vez ha vuelto a ocurrir.

—Señor Sullivan, no puede sacar esas conclusiones. ¡Es completamente absurdo!

—Le voy a dar una prueba de que no es tan absurdo como usted cree.

—¿Cuál va a ser esa prueba? ¿Despertar a Spencer y

hacerle confesar que vino aquí para matarme porque se sentía celoso?

—No, doctor Manners. No necesitamos su confesión para saber que vino por ese único motivo. Ya estuvimos de acuerdo en ese aspecto de la cuestión. Me refiero a Marion Gray.

La joven se mojó los labios con la lengua.

—¿Qué tiene que decir de mí?

—¿Está usted enamorada de Boris Manners?

—Sí.

Manners intervino:

—Señor Sullivan, este es un asunto personal y no creo que tenga derecho a inmiscuirse. Admito que usted me ha salvado la vida, pero no ocupe el lugar de Spencer haciendo un interrogatorio desagradable.

—Mi interrogatorio es muy distinto al de Spencer, doctor Manners. Tiene que ver con mi prueba para que se convenza de que ustedes tres han sido objeto de una confabulación. Marion, dígame, ¿cuándo se dio cuenta de que estaba enamorada de Boris Manners?

Marion guardó silencio.

Mike insistió.

—Dígale, Marion.

Mike se dirigió hacia la joven y la cogió por un brazo.

—Marion, tiene que decirle la verdad al doctor Manners. Es su secretaria. Estoy al corriente de cuáles son los colaboradores directos del doctor. Usted ha convivido nueve meses con él. Lo ha visto todos los días en la oficina. El doctor Manners jamás llamó su atención, desde cualquier otro punto de vista que no fuese el de las relaciones de trabajo. Pero, de pronto, hoy ocurrió algo. ¡Dígaselo al doctor Manners! ¡Diga cómo se dio cuenta de que estaba enamorada de él!

—Eso no tiene nada que ver.

—Sí, tiene que ver, Marion.

Boris estaba mirando a la joven y ella dijo:

—Boris, fue de pronto, pero debió ocurrir antes.

Mike la interrumpió:

—No, Marion, no ocurrió antes. Usted sufrió un efecto extraño. Se percató de que estaba enamorada de Boris en un segundo. —Mike hizo chasquear los dedos—. Sólo en un segundo se dio cuenta de que Boris Manners era el hombre de sus sueños. Pero no obró por sí misma. Fue alguien extraño el que actuó sobre su mente. Fue alguien que estaba fuera de usted quien le metió en su cerebro la idea de que estaba enamorada del doctor Manners.

Marion tampoco dijo nada.

Boris Manners se acercó a la joven.

—Eso es cierto, Marion. Me llamaste por teléfono y, prácticamente, viniste a decir lo mismo que está diciendo Sullivan. Esta tarde, cuando estuvimos juntos, no demostraste en ningún momento que estuvieses enamorada de mí. Nuestros besos fueron un juego para ambos, y tú tampoco le diste más importancia de la que tenía. Coincidimos los dos en que habíamos pasado un buen rato. Luego te marchaste a casa y…

—Sí, Boris, me di cuenta de que te amaba, Pero ¿no es así el amor? ¿No aparece de repente?

—No tan de repente, señorita Gray —repuso Mike—, sobre todo en un caso como el suyo. Si esta situación se hubiese producido dentro de unos meses, nunca habríamos sabido en qué momento notó usted que estaba enamorada del doctor Manners. Pero hoy lo podemos saber. Porque es hoy cuando ocurrió.

Dos hombres aparecieron llevando consigo a Jeanne Mercier.

—Buenas noches, inspector Sullivan.

—Hola, Sam.

—Hemos encontrado a esta chica en un coche, vigilando esta casa.

Mike conocía a los dos hombres que habían traído a Jeanne Mercier. Eran los dos guardaespaldas encargados de cuidar a Manners.

El compañero de Sam, Douglas Bannister, vio al

hombre que estaba tendido en el suelo y dijo:

—¿Qué ha pasado aquí, Mike?

—Spencer Kramer trató de matar al doctor Manners.

—Infiernos, estuvimos vigilando la casa y no lo vimos llegar.

Jeanne dejó oír su voz:

—Mike, ¿quieres decir a tus colegas que no soy una asesina?

—Ella está colaborando conmigo, Sam.

El policía llamado Sam dejó libre a Jeanne.

Marion dijo:

—Quiero irme a casa.

—No, Marion, debe quedarse todavía —repuso Mike.

—¿Por qué?

—Porque nos puede ser útil. Pero esté preparada para lo peor.

—¿A qué se refiere?

—Si las cosas han ocurrido como yo esperaba, cuando Spencer vuelva en sí va a pasar un mal trago. Hablará como un perturbado mental.

Boris dejó oír su voz airada:

—¿Por qué asusta a Marion diciéndole eso, señor Sullivan?

—No la estoy asustando, doctor Manners. Ni tampoco pretendía asustarle a usted al advertirle que podía ser la próxima víctima.

Mike se acercó al hombre que estaba caído en el suelo.

—Sam, moja tu pañuelo en el agua.

Sam hizo lo que Mike le pedía.

Mike cogió el pañuelo y lo pasó por la cara de Spencer. Este empezó a volver en sí.

—¡Sam, Douglas, preparados! —dijo Sullivan—. Tendremos que sujetarlo. Jeanne, échate atrás. Un loco puede a veces con tres hombres.

Spencer empezó a abrir y a cerrar los ojos. Sus labios se estremecieron.

—¡Lo mataré…! ¡Lo mataré! —dijo.

—Spencer, no ha matado a nadie, ni va a matar a nadie —le contestó Mike.

Spencer vio la cara de Sullivan.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—El doctor Manners.

—Se encuentra perfectamente y muy cerca de aquí.

—¡Le mataré! ¡Tengo que matarle!

Lanzó un grito y empezó a debatirse.

Les tres policías lo sujetaron con fuerza.

—¡Suéltenme! ¡Tienen que soltarme! Tengo que desparramar los sesos de Boris Manners por el suelo. ¡Debo matarle!

—¿Quién le ordenó que le matase?

—¡Tengo que matarle!

Spencer logró ponerse en pie, a pesar de que era sujetado por los tres hombres.

—¡Que no se escape, muchachos!

Los ojos de Spencer estaban desorbitados y sus labios babeaban.

—¡El Poder Invisible…! ¡El Poder Invisible tenía razón!

—¿En qué tenía razón?

—Dijo la verdad. Marion me engañaba con ese canalla… ¡Dijo la verdad! ¡No se equivocó…! ¡Lo vi en la televisión!

El doctor Manners dije:

—Señor Sullivan, peco antes de que usted apareciese, Spencer se refirió a que había visto una extraña película en la televisión.

—¿Cuál de ellas?

—Una muy particular. Las escenas que se desarrollaron aquí, esta tarde, entre Marion y yo.

—Entiendo. Y no hubo ningún tomavistas.

Spencer estaba gritando:

—¡Los vi a los dos bañándose en la piscina! ¡Ella corría,..! ¡Él fue detrás…! ¡La cogió por el tobillo…! ¡La hizo caer…! ¡La besó!

—Continúe, Spencer.

—Luego ella se tendió en la hierba... ¡Él fue a su lado...! ¡Y la volvió a besar!

—¿Pasó eso, señor Manners?

—Sí. Pero no comprende cómo lo pudo ver a no ser que Spencer estuviese aquí.

—No hizo falta que él estuviese aquí,

—No lo comprendo.

—Hay un ser en nuestro planeta con esa facultad. La de ver muchas cosas.

—¿A quién se refiere?

—Al ser que se llama a sí mismo el Poder Invisible y que llegó del planeta Hespérida.

CAPÍTULO XIII

El doctor Manners, Jeanne y Mike Sullivan se encontraban en el laboratorio, en el Centro Espacial de Londres.

Spencer Kramer había sido internado en un hospital.

Marion Gray volvió a su apartamento, confusa por todo lo que había protagonizado.

Los guardaespaldas Sam y Douglas habían sido retirados por Mike Sullivan de su servicio, ya que él se iba a ocupar personalmente de la Vigilancia de Manners.

Habían ido allí para que el doctor Manners les hablase de las muestras del planeta Hespérida que él había sometido a examen. Estaba decidido a hablar sobre su descubrimiento.

—¿Sabe algo de bioquímica, señor Sullivan?

—No mucho. Pero si me da usted unas explicaciones concretas, quizá le pueda comprender.

—Iré más lejos. Le daré una prueba para que comprenda qué clase de vida puede existir en Hespérida.

—Adelante, doctor Manners.

—Existe vida en las materias microscópicas que he examinado en el microscopio. Y fue, al someter a bombardeo atómico esas materias, cuando se ha producido un hecho terrible desde el punto de vista científico.

—¿Cuál?

—Esas piedras, tras su corta estancia en la Tierra, han producido musgo. En el musgo existe una ruptura de la materia. Quiero decir una disociación repentina de los eslabones que forman la cadena del átomo.

Mike sonrió.

—Ya se lo advertí, doctor. Trataría de comprenderlo si me daba unas explicaciones concretas.

—Te las está dando, Mike —dijo Jeanne.

—Oye, chica, tú lo comprendes, ¿verdad?

—Sí.

—Pues tradúcelo.

—Está claro, Mike. Esa ruptura de átomos produce la invisibilidad.

Jeanne cogió un trozo de tiza y se fue hacia una pizarra, en donde se habían hecho operaciones logarítmicas. Aprovechó un espacio libre y trazó dos cadenas de átomos, pero, entre una y otra, dejó un espacio sin dibujar.

—Aquí lo tienes, Mike. Entre esta cadena y la siguiente no hay nada. O sea que, si uno de nosotros estuviese formado por estas cadenas de átomos, en un momento determinado podía ser invisible.

—¿Sólo en un momento determinado?

—Sí.

—¿Cuándo?

—A eso tendrá que contestar el doctor Manners, si está preparado para ello.

—Estoy preparado.

Los dos jóvenes miraron al doctor con curiosidad.

—Dígalo, doctor. No espere a que toquen el tambor —ironizó Mike.

—La invisibilidad se produce por las radiaciones terrestres. El cuerpo que gozase de esa propiedad, de la ruptura de eslabones atómicos, será invisible a los efectos de la luz solar combinada con las radiaciones cósmicas y, sobre todo, por la influencia del campo magnético.

—Estupendo. Ya sé por qué nos las tenemos que ver con un ser invisible. ¿Significa eso, doctor Manners, que no contamos con ningún arma para destruirlo?

—Desde luego que sí.

—¿Qué está esperando? ¡Dígalo ya! ¿Cuál es el arma con la que se puede acabar con eso?

—Con un rayo láser.

—Entonces no hay más que apuntarle con una pistola láser, disparar y se acabó.

—No, Sullivan. Resultará un poco más difícil.

—¿Por qué?

—El rayo láser lanzado sobre un cuerpo que goza de invisibilidad sólo lo podrá hacer visible por un determinado espacio de tiempo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Muy poco, Sullivan.

—¿Por cuánto, le he preguntado?

—Yo diría que el rayo láser haría visible a ese ser por espacio de un minuto.

—¿Sesenta segundos?

—Sólo sesenta segundos.

—¿No podría ser un poco más?

—No, señor Sullivan. He hecho cálculos muy precisos. Contaremos con un minuto.

—De acuerdo, doctor Manners. Ahora hábleme del doctor Müller y del doctor Servet. ¿Qué clase de información intercambiaron ustedes?

—Ninguna.

—¿Por qué no?

—Los tres teníamos una especialidad distinta. Quizá ellos llegaron a la misma conclusión que yo, aunque por distintos caminos. Nos íbamos a reunir dentro de dos semanas.

—Debieron colaborar. Pero ya sé por qué no lo hicieron. Por la maldita vanidad. ¿No es eso, doctor Manners? Usted quiso ser el primero en presentar al Consejo Mundial del Espacio su descubrimiento, y no quiso que el doctor Müller o el doctor Servet le arrebatasen el éxito. Y ellos hicieron lo mismo.

—Quizá tenga razón.

—La tengo, doctor Manners.

—Sólo puedo decir que lo siento.

—Mike —dijo Jeanne—, el doctor Manners se merece tu reprimenda. Pero me temo que eso ya no resulta nada positivo para luchar contra el Poder Invisible. No aparece a nuestra voluntad, sino cuando él quiere. ¡Cielos, hasta es posible que esté aquí!

Hubo un silencio mientras Jeanne y los dos hombres

miraban a su alrededor.

Durante unos instantes, permanecieron quietos, esperando quizá que surgiese una voz, de la derecha, de la izquierda, de un rincón. Pero nadie les habló.

—Doctor Manners —dijo Mike—, ¿no sabe la forma que tiene ese ser?

—No. Podría ser cualquiera.

—¿Un hongo, por ejemplo?

—¿Por qué dice eso?

—Hay un hongo en una campana.

—¿Dónde?

—En París, en el laboratorio del doctor Servet.

—¿Dónde ha nacido ese hongo?

—En una de las piedras venidas de Hespérida.

—Debe alimentarse de musgo.

—Pero le advierto que es un hongo como cualquiera de los que existen en la Tierra.

—Eso es lo que le parecerá a usted. ¿Puedo conseguir un vuelo a París inmediatamente?

—Desde luego.

—Llame al aeropuerto. Nos vamos.

* * *

Estaban viajando hacia París.

El doctor Manners dormía.

Jeanne y Mike guardaban silencio. Ambos estaban muy inquietos con respecto a lo que podía pasar en el laboratorio de París.

Mike se inclinó sobre Jeanne y la besó en la comisura de la boca.

—No te aproveches, Mike.

—Mi abuelita me decía que, cuando me sentase al lado de una mujer hermosa, no perdiese el tiempo. Y por primera vez lo estoy perdiendo.

El doctor Manners despertó.

—Voy al lavabo —dijo—. ¿Nos reunimos en el restaurante dentro de unos minutos? Les invito a un trago.

—Aceptado —dijo Mike.

Manners se despidió de los dos jóvenes y se dirigió al lavabo.

Se sentía muy acalorado. Se lavó la cara. Empezó a secarse.

Y de pronto oyó una voz:

—¿Qué tal está, doctor Manners?

Boris levantó los ojos hacia el espejo para ver a la persona que le hablaba. Pero no vio a nadie.

Manners comprendió en seguida quién le hablaba.

—¿Usted. .?

—Sí, yo, doctor Manners. El Poder Invisible.

—¡Deténgase, doctor Manners!

—¡No!

—¡Deténgase!

Boris ya tenía la mano en el tirador, pero una fuerza que emanaba de algún punto de su sistema nervioso le paralizó.

—Doctor Manners, ya se ha detenido. ¿Lo ve? Quiere marcharse, pero ha obedecido mis órdenes. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Eso me gusta, doctor Manners. Que sea obediente. Usted va a hacer algo por mí. Algo muy importante. Saldrá de este lugar y se dirigirá al departamento de equipajes. Allí tiene usted un maletín y dentro está la pistola que dispara el rayo láser. ¿No es eso?

—Sí.

—Usted sacará esa pistola.

—¡No puedo!

—Usted lo hará. Porque yo se lo ordeno. El Poder Invisible. Dirigirá la pistola hacia la pared del fondo y apretará el disparador,

—El avión se hará pedazos. ¡Todos moriremos!

—Usted no morirá. Yo soy el Poder Invisible y lo trasladaré de lugar unos segundos antes de producirse la explosión.

—¡No, no lo haré!

—Doctor Manners, relájese. Usted ya no tiene voluntad. Usted seguirá mis órdenes. Cogerá esa pistola láser y dirigirá el rayo contra la pared frontal. Lo hará, doctor Manners.

—Sí, lo haré.

—Póngase en marcha y ejecute mi mandato. Se lo ordena el Poder Invisible. Ya puede salir.

Manners abrió la puerta y salió del lavabo.

Se dirigió hacia el departamento de equipajes. No encontró a nadie en el camino.

Abrió la puerta y pasó al interior.

Le bastó un minuto para encontrar su maletín. Abrió éste y sacó la pistola láser.

CAPÍTULO XIV

La puerta del departamento de equipajes se abrió y apareció Mike Sullivan.

—¿Qué hace aquí, doctor Manners?

Vio que el doctor Manners empuñaba la pistola láser.

—¡Deje eso. Quieto, doctor!

Manners se levantó muy despacio.

Sullivan echó a correr.

Manners apuntó a la pared del fondo con la pistola.

Mike comprendió que llegaría demasiado tarde y se lanzó al aire. Su cuerpo chocó contra el de Manners.

Los dos rodaron por el suelo. Pero Manners seguía manejando la pistola, aunque Mike había logrado atrapar su muñeca.

—¡Suelte el arma, Manners!

—¡Tengo que hacer volar el avión!

—¡Fue el Poder Invisible, doctor Manners!

—¡Déjeme!

Mike le soltó un puñetazo y luego le retorció la muñeca.

Manners lanzó un aullido de dolor y dejó caer la pistola.

Mike abofeteó a Manners varias veces.

El doctor pareció recuperarse.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me pega, Mike?

—Usted iba a convertir este avión y a nosotros en fragmentos.

—¿De qué está hablando?

—Entró aquí y cogió la pistola láser.

—¿Para qué?

—¿Para qué cree usted?

Manners apretó las sienes.

—Sólo recuerdo que estaba durmiendo. Me sentí acalorado y me fui al lavabo.

—¿Y luego?

—Luego, nada.

—Pues luego le habló el Poder Invisible. Estaba en el lavabo y él ordenó que viniese aquí.

—¿Cómo puede poseer esa facultad?

—Lo importante para nosotros es que puede conseguir todo lo que quiera, a menos que lo destruyamos.

—¿No se da cuenta de lo que tiene que hacer para conseguir su destrucción? Ha de apuntar exactamente al lugar donde se encuentre. Y tal como yo veo las cosas, le va a resultar muy difícil.

* * *

Entraron en el laboratorio del Centro Espacial de París.

Lo hicieron sobrecogidos por la emoción.

Primero entró Mike Sullivan, luego el doctor Manners y a continuación Jeanne.

Sobre la mesa estaba la campana que guardaba el hongo,

—¡Ha aumentado el doble! —dijo Jeanne—. Casi no cabe ya en la campana.

—Probablemente la romperá —dijo Manners.

Mike guardaba la pistola láser en el bolsillo de la chaqueta.

—Salgan.

—Oh, no, Mike —protestó Jeanne—. No puedes quedarte solo.

—Quiero estar a solas.

La joven dirigió una mirada a Manners y éste hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Los dos salieron del laboratorio.

Mike esperó a que la puerta se hubiese cerrado tras de Jeanne y Manners, y echó a andar hacia la mesa donde se encontraba el hongo.

Era de noche. Al fondo, por los ventanales, se veía la luna llena, enorme.

Mike examinó a través de la campana el hongo. Parecía destilar un líquido. Una especie de baba por la sombrilla y

que resbalaba por el tronco. Pero no se movía. Seguía pareciendo un hongo terrestre.

Mike se volvió mirando a derecha e izquierda.

—¿Está aquí?—preguntó.

Nadie le contestó.

—Le estoy hablando, Poder Invisible.

Tampoco recibió respuesta.

Mike se empezó a mover de un lado a otro, lentamente, mientras hablaba.

—Usted se ha aprovechado de la poca voluntad de sus víctimas. Usted eligió bien a las personas que podían hacer su voluntad. ¿Por qué no me eligió a mí? Conteste. ¿Por qué no me eligió a mí?

De pronto se oyó una carcajada.

Se volvió de espaldas porque creyó haberla oído por ese lado.

—¡No, señor Sullivan! ¡No estoy ahí!

Creyó escuchar la voz por la parte de enfrente y echó a correr por entre las mesas.

Pero de nuevo oyó la voz:

—¡No, tampoco estoy aquí!

Mike se detuvo. Era inútil.

—¿Dónde está, Poder Invisible?

—En todas partes.

—Miente. No puede estar en todas partes. Sólo está en una.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Lo sé.

—;E1 doctor Manners?

—Sí, el doctor Manners.

—¿Y qué más le ha dicho el doctor Manners?

—Que podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Para qué?

—Para que usted pudiese vivir aquí en nuestro planeta.

Le contestó otra carcajada.

—¿Nosotros vivir con ustedes?

—¿Por qué no?

—Es muy estupendo el doctor Manners y también lo es usted, señor Sullivan. ¿Cómo pueden compararse unos señores como ustedes a nosotros?

—¿Qué diferencia hay entre nosotros y ustedes?

—Demasiada. Gozamos de un poder que ustedes no poseen,

—La invisibilidad.

—Sí, señor Sullivan. Ya sé que en la Tierra se ha buscado la invisibilidad. Pero los terrícolas no han podido lograrla. Y por ello han usado la imaginación, para crear un hombre invisible desde un punto de vista literario, para el recreo de sus ratos de locura o de espectáculo fotografiado. Han tenido hombres invisibles en la novela, en el cine, en la televisión, en los cassettes... Nosotros somos invisibles cuando queremos.

Mike creyó saber dónde se encontraba su enemigo. A la derecha, a unos cinco metros de la campana. Pero ¿por cuánto tiempo estaría allí?

Tenía la pistola en el bolsillo y debía darse mucha prisa en sacarla. Pero el Poder Invisible vería la pistola antes de que pudiese disparar y cambiaría de sitio.

Tenía que distraerlo. Asegurarse de que estaba en un sitio determinado, muy concreto, cuando apretase el disparador.

—¿Por qué utilizó el mismo truco para matar al doctor Robert Müller y al doctor Servet? Y también lo intentó con Manners. Provocó los celos.

—Señor Sullivan, sabemos que los celos es el sentimiento de los terrícolas que más víctimas ha producido desde que ustedes obtuvieron la facultad de pensar. Celos entre las personas, celos entre los pueblos. Ustedes lo llaman de otra forma, odio, racismo... Yo tenía que manejar el cerebro de mis víctimas. Y nada más fácil para mí que provocar en ellos el amor o el odio.

—¿Cuántos son ustedes?

—Yo soy el único por ahora. Pero ahí tiene a otro que dentro de un rato podrá salir de la campana. Y ya seremos

dos. Pero seguiremos naciendo.

—¿De dónde salió usted?

—De las muestras que le correspondieron al doctor Jacques Servet. Ordené a uno de los empleados del Centro Espacial que me dejase en un sótano y allí pude nacer olvidado por todos. Sólo teníamos que lograr eso. Que uno de nosotros naciese, porque yo me voy a encargar ahora de los otros.

Mike Sullivan sacó la pistola láser y disparó.

—¿Qué hace, señor Sullivan?

Mike soltó una maldición. Había fallado.

Pero se produjo un aullido, y ante los ojos de Mike apareció un hongo enorme, de su mismo tamaño. Un hongo completamente enrojecido. Y aquel hongo tenía tentáculos que brotaban de su sombrilla y que se debatían.

La puerta se abrió y entró Jeanne seguida del doctor Manners.

La joven lanzó un grito de horror.

El hongo se había puesto a llamear y se encogía rápidamente.

La campana de cristal se rompió y el hongo que estaba allí empezó a volverse invisible,

Mike le apuntó con la pistola láser y disparó.

El hongo ya se había vuelto invisible, pero reapareció otra vez y enrojeció súbitamente, y de su sombrilla empezaron a salir brazos, que se consumieron rápidamente.

El hongo grande, el que se había llamado el Poder Invisible, quedó convertido en pequeñas cenizas.

Jeanne corrió hacia Mike y él la recibió en sus brazos.

Se besaron en los labios.

—Doctor Manners —dijo Mike—. Dé orden urgente para que sean destruidas todas las piedras llegadas de Hespérida. ¡Que no quede ninguna!

—No se preocupe. No quedará nada.

—Otra orden. Llame al Consejo Mundial del Espacio para que suspendan la operación Galaxia-14. De momento,

nada se puede enviar al planeta Hespérida. Ese planeta debe quedar aislado.

El doctor Manners hizo un gesto afirmativo,

Mike sonrió a Jeanne.

—¿Sabes una cosa, Jeanne?

—¿El qué?

—Que tengo celos.

—¿De quién?

—De cualquier persona a la que tú puedas interesar:

—Eh, Mike, ¿no será efecto del Poder Invisible?

—No, cariño, es un efecto del amor. Un sentimiento puro al cien por cien.

—¿Sabes una cosa, Mike? Que yo también siento celos por ti, y no consentiré que ninguna mujer me haga la competencia.

—Entonces, sólo hay una forma de arreglarlo.

—Casándonos, ¿no es verdad?

Mike le estrechó entre sus brazos y la besó en la boca.

F I N